

RESEÑAS

reseñas

E.M. Forster: *Alejandro Historia y guía*, Prólogo de Lawrence Durrell, traducción J.B. Ferrer, notas y epílogo Michael Haag [Prólogo de Forster a la edición original e Introducción del mismo a la edición norteamericana de 1961], Seix Barral, Barcelona, 1984, 304 pp., 19,5 x 12,5 cm. 21 mapas y planos.

Quien se interesa por la cultura griega admira y ama a Alejandría. Quien se interesa por la cultura egipcia admira y ama a Alejandría. Quien ama la poesía de Kavafis ama a Alejandría. Quien ama la belleza ama a Alejandría. Y “si un hombre va en peregrinación por Alejandría por la mañana, Dios hará para él una corona de oro, engastada con perlas, perfumada con almizcle y alcanfor y reluciente de Oriente a Occidente” –así lo escribió el poeta Ibn Dukmak. La Alejandría griega, árabe, cristiana, musulmana, antigua, medieval, moderna, sigue y seguramente seguirá atrayendo a muchos hombres, como ciudad real y poética, como ciudad del pasado y del presente; porque en palabras de Kavafis, su mayor poeta, “Alejandría siempre es ella”.

Con dos ediciones en Egipto, en 1922 y 1930, una en Estados Unidos en 1961 y una en Inglaterra en 1982, este libro, *Alejandro Historia y guía*, del gran escritor inglés F.M. Forster, fue siempre inencontrable. Por rara saña del destino, las cuatro ediciones mencionadas estuvieron signadas por la mala suerte. Incendios, accidentes y tropiezos varios se interpusieron en el camino de su difusión. Por eso, la publicación de la traducción al castellano de Beltrán Ferrer, no pudo ser recibida sino con gran alegría por todos quienes, de un modo u otro, por una u otra motivación, se interesan por la ciudad de Kavafis, ciudad de las letras y de la cultura desde su fundación por Alejandro Magno, desde Calímaco y los poetas, filósofos, científicos y artistas alejandrinos hasta Kavafis y Naguib Mahfouz.

¿Cuántos poetas han cantado las glorias y las bellezas de Alejandría? Imposible decirlo. ¿Cuántos viajeros dejaron constancia de su maravillarse ante la gran ciudad y sus monumentos? Muy difícil recopilar todos sus relatos. En el siglo XX, dos grandes escritores de habla inglesa, E.M. Forster y Lawrence Durrell, le dedicaron libros inolvidables. El destacado literato egipcio Naguib Mahfouz, Premio Nobel en 1988, ambientó en la ciudad su extraordinaria novela *Miramar*. Pero con seguridad es un poeta griego, Kavafis, quien llevó la expresión poética de la ciudad a su mayor altura en la centuria pasada. Toda la obra kavafiana gira en torno a Alejandría. Es “el poeta por excelencia de la ciudad”. Como tal es evocado en el *Cuarteto de*

reseñas

Aleandría de Durrel, cuyas páginas empapa, pese a que había muerto hacía ocho años cuando el novelista arribó a sus playas, en 1941.

En el prólogo del libro de Forster, Durrel intenta dar una imagen de la ciudad, una más entre las muchas que se han dado: “Aleandría, la ciudad de ensueño [...] se abre ante un mar soñador y sus olas homéricas se hacen y deshacen a impulsos de las frescas brisas procedentes de Rodas y el Egeo. Desembarcar en ella es como dar un salto en el vacío porque enseguida percibes, no sólo la ciudad plañideramente griega que se alza ante ti, sino también su telón de fondo de desiertos que se extienden hacia el corazón de África. Es un lugar para separaciones dramáticas, decisiones irrevocables, últimos pensamientos: todo el mundo se siente empujado hacia el límite de su capacidad de resistencia. Aquí sencillamente las personas que desaparecen son tantas como las que mueren abiertamente. La ciudad no hace nada. No oyes nada, salvo el ruido del mar y los ecos de una historia extraordinaria”.

Muchos siglos antes, en el año, 641, el general Amr, conquistador árabe de la ciudad de Alejandro, la describía de manera muy distinta en carta al Califa: “He tomado una ciudad de la que sólo puedo decir que contiene 4.000 palacios, 4.000 baños, 400 teatros, 1.200 verduleros y 40.000 judíos.

Kavafis presentó a *Aleandría* de las maneras más variadas. Toda su obra puede considerarse una reflexión sobre la ciudad, una peregrinación por su pasado y su presente. Es la ciudad amada, a la que acude cuando lo agobia la evocación de la juventud, efímera como la existencia humana misma, en vez de acudir al mar, a los huertos vecinos, al río inmenso o a las arenas del desierto imponente y salvaje:

*Y salí a mi balcón melancólicamente
salí para cambiar de pensamientos, mirando al menos
un poco de la ciudad amada,
un poco del movimiento de la calle y los negocios.*

La poesía kavafiana es el mayor monumento a la eternidad de la ciudad. Y el libro de Forster es precisamente el texto que dio a conocer en inglés el después célebre poema *La ciudad*, iniciando así la difusión de la obra kavafiana en el ámbito de la lengua inglesa. Forster dio a conocer a Eliot, a Tynbee, y a otros intelectuales ingleses, textos del poeta griego que encontrara en *Aleandría*, cuando llegó allí en el otoño de 1915 como voluntario de la Cruz Roja. El escritor no fue insensible al misterio y encanto de la ciudad y a la magia extraña y no fácil de captar de la obra del poeta de esa ciudad.

El título original *Alexandria A History and a Guide* muestra nítidamente el propósito del autor. Son dos sus partes, la *Historia* “intenta (a modo de desfile de hechos históricos) poner en orden las actividades de Alejandría durante los dos mil doscientos cincuenta años de su existencia, empezando por la figura heroica de Alejandro Magno...”. Esta parte está dividida en breves secciones, al final de cada una de las cuales, Forster remite al lector a un punto de la segunda parte, la *Guía*. De esta manera, el lector y visitante –real o “imaginativo”– de la ciudad, se traslada desde los siglos pasados a la realidad actual, al sitio donde transcurrió la historia. se le dan todas las indicaciones para llegar al sitio de que se trata, se le indica el tranvía que debe tomar, el paradero donde puede abordarlo y donde debe dejarlo. Hay, pues, como una continua cita y encuentro con el pasado, sobre un suelo cargado de recuerdos de glorias abolidas, de vidas notables borradas por el tiempo. Grecia y lo griego están allí siempre “presentes”, siendo pasado. Dice el autor: “Las ‘vistas’ de Alejandría no son interesantes ni sí mismas, pero nos fascinan cuando nos acercamos a ella desde el pasado y esto es lo que he procurado hacer al desdoblarse el libro en una *Historia* y una *Guía*”.

Y, sin duda, que Forster logró su propósito. Allí está el encanto de su libro, encanto que ha seguido actuando hacia el futuro, si pudiéramos decir. Pues hoy leemos y vemos en los planos el *Hospital Griego* o el templo griego de *San Saba*, y recordamos que en el primero pasó sus últimos días el poeta Kavafis y en el último recibieron sus restos la última despedida; y cuando vemos el *Cementerio griego de Chatby*, evocamos la tumba donde reposan las cenizas de quien cantó en forma incomparable a esta ciudad única.

Obra bellísima, verdaderamente original y clásica, *Alejandría Historia y Guía*, es para ser leída y releída varias veces y para volver a ser repasada luego de un tiempo.

Con el auxilio de Forster y de Haag, quien “va en peregrinación a Alejandría” puede recorrerla en sus tranvías incansables o transitar a pie los espacios por donde “se dio la vida” del poeta Kavafis, desde el grandioso templo de *Evangelismós*, donde fue bautizado, hasta la paz del cementerio donde duerme el sueño sin fin.

En las valiosas “Notas” de Haag, hay diversas referencias a obras literarias, entre las que dominan los nombres de Kavafis, Durrel y Mahfouz y en las que aparecen otros autores. A ellos hay que añadir el de Stratís Tsirkas, estudioso del poeta, poeta él mismo y cantor de la ciudad en una de las novelas de su famosa trilogía *Ciudades ingobernables*.

Michael Haag: *Alexandria Written and Photographed by Michael Haag*, The American University in Cairo Press, 2ª reimpr., El Cairo, 1997, 64 pp., 28x20 cm. ,

Michael Haag , periodista y estudioso enamorado de la ciudad de Alejandro y autor de *Alexandria: City of Durrel, Forster and Cavafy.*, de quien conocíamos su apasionante *Alejandría, la ciudad de palabras*, 1982, escribe los textos y ha sacado las fotografías que integran este hermoso volumen. Se combinan en él la información sobria pero siempre cálidamente presentada y la imagen captada con arte y amor. Desde la portada, con la gigantesca “Columna de Pompeyo” y la Esfinge que, enigmática, parece avizorar el paso del tiempo, hasta la última página, en que unos niños ríen junto al vasto mar alejandrino, y la contraportada con la fachada multicolor del Misr Hotel, decenas de bellas vistas de la “ciudad amada” de Kavafis se suceden ante los ojos del lector.

Luego de una sucinta cronología, desde la fundación, el 331 a.C., hasta la etapa que se inicia en 1970, y de la presentación de mapas de la ciudad antigua y la moderna, el lector se encuentra en la entrada de Alejandría, en la vasta plaza Saad Zaghloul, dominada por la estatua de este dirigente nacionalista, que mira al maravilloso mar alejandrino. En cierto modo, se encuentran allí la historia moderna de Egipto, en la estatua de quien encabezó la lucha por la independencia y el término efectivo del dominio inglés, con la historia anterior de la ciudad, simbolizada por el sitio de emplazamiento del Faro (cuyas bases son también fundamento del fuerte de Qaytbey (s. XV), y con las visiones que de Alejandría tuvieron un poeta griego y un escritor anglófono. Efectivamente, el edificio donde durante 30 años trabajó Constantino Kavafis está en un costado (hoy Hotel Metropole) y aquél que describe Lawrence Durrel (Hotel Cecil), en *El cuarteto de Alejandría*, constituye el otro costado de la plaza. Para algunos, en este sitio habría estado el magnífico Caesareum, construido por Cleopatra en honor de Marco Antonio. Y por lo tanto, aquí habrían terminado los días de la última reina del Egipto ptolomeico. Una segunda sección nos lleva a la Plaza de los Cónsules, después llamada de Mohamed Alí y hoy Midán. El Thahrir, con la estatua del fundador del Egipto Moderno. Ligada a ella la Salah Salem Rue, antes Rue Cherif Pasha, en la que nació el poeta Kavafis, antes de su destrucción por el bombardeo inglés de 1882. Los siguientes capítulos historian y describen el barrio turco; las tumbas ptolomeicas de Anfushi; la isla de Faros (península actualmente) con el Fuerte de Qaytbey, la llamada

Acrópolis de los Ptolomeos, con la Columna de Pompeyo, las tres esfinges (una mutilada) y mínimos vestigios de lo que fue el magnífico templo Serapion, destruido por el fanatismo cristiano; las catacumbas greco-romanas de Kom El Shogafa; el Patriarcado Copto; el cruce antiguo de la ciudad, donde debe haber estado la intersección de la Vía Canópica (que describe Aquiles Tacio), que partía desde la Puerta del Sol con la Vía Central, en forma perpendicular a ella: hoy la calle Nebi Danyal y avenida Horreya, antes Rue Fuad y antes Rue Rosette. Es emocionante pensar que en ese sector hayan estado la Biblioteca, el Museo y la Tumba de Alejandro. Próximo está el Patriarcado Griego y su iglesia de San Saba, el edificio que fue el Hospital Griego y la calle Lipsius, hoy Sham El-Sheik, con la Casa-Museo Kavafis. Un capítulo se dedica al Museo Greco-Romano, cuyas columnas, frontón e inscripción en caracteres griegos MOUSAION no puede dejar de recordar la extraordinaria institución ptolomeica homónima. Este Museo, que Kavafis describió y elogió cálidamente con motivo de su inauguración en 1892, que presentó sistemáticamente Forster en *Alexandria A Guide and a History*, en, 1922 es uno de los más interesantes de la ciudad. Los restantes capítulos llevan al lector a los restos de las murallas árabes; a la impresionante Grande Corniche, semicírculo majestuoso formado por la isla de Faros y el Heptastadion que la une al continente y la forma de éste en ese sector; al palacio de Montazah y finalmente al lago Maryut, el Mareotis antiguo, al sur de la ciudad antigua.

Las fotografías profusamente distribuidas en el volumen revelan al artista de la imagen y al enamorado de la “gloriosa ciudad de Alejandro”. Con excepción de dos proporcionadas por la Oficina de Turismo Egipcio en Londres, todas pertenecen a Haag. No podía faltar en un libro como éste alguna ilustración literaria: los poemas *Que el dios abandonaba a Antonio* y *En un atardecer* de Kavafis (en traducciones de George Valassopoulos, y de Edmund Keely y Philip Sherrard, respectivamente) y fragmento de *Alexandria* de Lawrence Durrell.

Miguel Castillo Didier

reseñas

Mostafá El-Abbadi: *Vie et destin de l'ancienne Bibliothèque d'Alexandrie*, Unesco, París, 1992, 248 pp., 24 il., 1 mapa, 19x19 cm.

De la Biblioteca de Alejandría y del Museo, las instituciones culturales más notables creadas por el espíritu griego, en Egipto no ha quedado vestigio material alguno. La Biblioteca encarnó el sueño de la universalidad y de la pluralidad. Simbolizó “una tentativa, quizás sin precedente, por constituir una suma del saber, al integrar la sabiduría de los autores griegos con la de autores extranjeros en traducciones. Además, la Biblioteca parece haber estado asociada a una percepción más aguda del saber como instrumento y de la búsqueda de conocimiento como proceso de colaboración y de síntesis. Es significativo, a este respecto, el que la Biblioteca haya estado ligada a algunos de los primeros progresos realizados en las ciencias, que comienzan a cortar sus lazos con la filosofía y a orientarse hacia el empirismo. Al mismo título que el faro que se erige sobre la isla vecina de Faros [...], la Biblioteca es una señal que marca una etapa en el camino que conduce al hombre a las luces”.

Con las palabras citadas, Federico Mayor se refiere en el prefacio de este volumen, al objeto del trabajo del profesor Mostafa El-Abbadi, de la Universidad de Alejandría y de la Universidad Árabe de Beirut. El profesor El-Abbadi, -quien, además se desempeña en las entidades universitarias mencionadas, ha sido profesor visitante en universidades de Alemania, Austria, Estados Unidos, Argelia, Irak, y Kuwait, se ha especializado en la historia del Egipto greco-romano y en la investigación y estudio de la papirología árabe.

Cuando el autor daba cima a este libro, estaba en marcha el plan para el renacimiento de la antigua Biblioteca, emprendido por UNESCO, a iniciativa del gobierno egipcio y con la idea central de reafirmar en términos modernos la vocación universal y pluralista de aquella. Hoy la nueva Biblioteca está en funciones en una sede ubicada donde estaba la antigua, en un notable conjunto arquitectónico, y con una clara y hermosa presencia de Grecia.

La obra del profesor Al-Abbadi comprende tres grandes secciones: Los orígenes, la historia, el fin. En la primera parte, se dedica un capítulo a “Alejandro el explorador” y otro a “Alejandría, capital de una nueva era”. Este último nos presenta un panorama de la cautivadora historia de la fundación y del período más glorioso de la gloriosa historia de esta ciudad. Centro de cultura helénica durante un milenio, Alejandría fue eso y mucho más. Pues en ella se dio la experiencia hasta entonces inédita de una sociedad

multirracial y multicultural. Esta experiencia marca a Alejandría como una ciudad única. Y única lo fue también en diversos otros aspectos. Desde el hecho de que su fundador no haya llegado a verla.

En efecto, los planos del arquitecto Dinocrates se transformaron en realidad gracias al trabajo de financiamiento y dirección de las obras por parte del ministro Cleomenes de Naucratis, en ausencia de Alejandro, que había continuado su casi inverosímil expedición. Además, sólo el año 320, tres años después de la muerte de Alejandro, y nueve después de la fundación, Ptolomeo trasladó desde Menfis su residencia y su administración a la nueva ciudad.

Dos grandes instituciones, de características hasta entonces desconocidas, la Biblioteca y el Museo, y una obra que sería considerada una de las maravillas del mundo, el Faro, marcarían principalmente ese carácter único de esa ciudad, griega, egipcia, cosmopolita.

La segunda parte, dedicada a la historia de la Biblioteca, consta de dos capítulos: “El Museo y las Bibliotecas” y “La floración intelectual”. El autor estudia la práctica de mantener bibliotecas anexas a los templos egipcios, que pasó a ser materialmente continuada en la época helenística, reuniéndose así con la tradición griega de las bibliotecas públicas, la primera de las cuales parece haber sido la de Atenas, fundada por Pisístrato, en el siglo VI. A la muerte de Alejandro y el desmembramiento de su imperio, las dinastías de los Ptolomeos en Egipto, de los Seleucidas en Siria y de los Atálidas en Pérgamo rivalizan en los esfuerzos por dotar a sus capitales –Alejandría, Antioquía y Pérgamo de centros de estudio y de bibliotecas.

Pero la principal y mayor de las muchas bibliotecas de la época helenística fue sin duda la de Alejandría. Su propia fama ha perjudicado el estudio posterior de sus características, como muestra de la expresión de Ateneo: “En cuanto a lo relacionado con el número de libros y la organización de las Bibliotecas y a la asamblea del Museo, qué podría decir yo que no sea conocido de todos?” Qué importante habría sido que Ateneo hubiera escrito aquello que “todos” sabían en su época. Es lo que nosotros no sabemos, desafortunadamente.

Con todo, a pesar de la diversidad y fragmentarismo de las fuentes, el profesor El-Abadi, realizando un examen sistemático y comparativo de ellas, presenta un documentado panorama de las características y funciones, tanto de las Bibliotecas como del Museo. Resulta fascinante ese panorama, que muestra en los Ptolomeos, sobre todo en los primeros, una notable voluntad de reunir en la Biblioteca libros griegos y extranjeros, originales y copias, todo el

reseñas

saber del mundo; y de mantener una institución, el Museo, donde los sabios pudieran laborar con tranquilidad y libertad. La labor de adquisición de textos, de copia, de registro y clasificación, de establecimiento y mantención de catálogos, constituían un complejo y costoso proceso. Los Ptolomeos desplegaron un celo infatigable en la consecución de textos de toda clase, sin escatimar en gastos. Una pléyade de figuras ilustres están ligadas a las tareas de la Biblioteca y el Museo: Demetrio de Fálero, Zenódoto, Apolonio de Rodas, Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio, Aristarco, Calímaco y tantos otros. Las ciencias, la filosofía, las artes y las letras conocieron un florecimiento extraordinario. Las Bibliotecas de Alejandría, la Biblioteca mayor, la Biblioteca “hija” en el Serapion, la del Museo mismo. Más tarde, el Cesareum también llegaría a tener una considerable colección de libros.

En cuanto al fin de la Biblioteca, el autor, citando numerosas fuentes y concordando las noticias o indicios que éstas entregan, llega a la conclusión que la tesis más verosímil es la de que la gran Biblioteca fue destruida el año 48 a.C. durante la guerra de Julio César. La llamada Biblioteca hija, en cambio, habría sobrevivido hasta la destrucción del Serapion, el 391, luego de que Teodosio ordenara la demolición de los templos paganos. El violento fanatismo de los cristianos, liderados por el patriarca Teófilo, llevaron a cabo una destrucción total, como atestiguan Teodoreto y Eunapio. Para el autor resulta claro que la misma ferocidad fanática de Teófilo que incitó al martirio de Hipatía, al proponerse la demolición total del Serapion no podría haber pensado hacer una excepción con la biblioteca anexa al templo, la cual debía contener precisamente gran cantidad de textos paganos.

Para el profesor Mostafá El-Abbadi, la historia de la quema de los libros por Amir, el conquistador árabe de Alejandría, a mediados del siglo VI, no pasa de ser una leyenda tardía. Para basar su tesis, el autor cita fuentes bizantinas y árabes que hasta el siglo XII recuerdan la Biblioteca, sin que ninguno extienda su existencia hasta el siglo VII. Analiza detalladamente el famoso texto de Ibn Al Qifti, en su *Historia de los sabios*, siglo XIII, demostrando que no existe ninguna fuente anterior a él que aluda a la presunta quema de libros para calentar el agua de los baños de Alejandría.

El libro del profesor Mostafá El-Abbadi ofrece sin duda, un apasionante interés para el amante y estudioso de la historia de la cultura griega en Alejandría.

Miguel Castillo Didier

Empereur, Jean-Ives: *Alexandria Past, Present and Future*. Trad. al inglés Jane Brenton, Thans et Hudson, Londres, 2002, 160 pp., 158 imágenes, 17,5 x 12,5 cms.

Debemos a Jean-Ives Empereur, a su saber y su amor, este volumen, hermosísimo tanto por su contenido como por sus magníficas ilustraciones. Desde ya, la portada del libro trae imágenes que aluden a la larga, gloriosa y hasta misteriosa (en cierto sentido) historia de la singular ciudad de Alejandría: una parte del grandioso edificio de la nueva Biblioteca Alexandrina; un fragmento de un mosaico del siglo III, que la representa, un retrato del poeta Kavafis, joven; una vista de la calle Chérif Pachá, de finales del siglo XIX o comienzos del XX.

En las primeras páginas, en blanco y negro, una serie de fotografías parecen también querer sintetizar los variados aspectos de la ciudad: su vasto mar circular, las palmeras de la Plaza Saad Zaghoul con el perfil de la estatua, una de las esfinges de la “acrópolis” con la silueta de la Columna de Pompeyo, la Plaza de los Cónsules con la estatua ecuestre de Mohamed Ali, negocios populares; calles llenas de gente, en medio de la cual, se dan algunos a la quieta conversación o a la meditación solitaria. Y este pasaje de Miramar, de Nagrib Mahfouz:

“Alejandría. Por fin Alejandría, Dama del rocío Flor de nimbo blanco. Seno de radiancia, húmeda de agua celestial. Corazón de nostalgia empapada en miel y lágrimas”.

Y luego, se despliegan los colores y la historia: Alejandría antigua, Alejandría cristiana, Alejandría árabe y otomana, Alejandría cosmopolita, Alejandría hoy. La elección del sitio; las dimensiones; la labor del arquitecto Dinócrates, la infraestructura de la ciudad, sus características de lugar cosmopolita, con población egipcia, griega y hebrea, más visitantes y comerciantes de diversas latitudes. La transformación de la ciudad de Alejandría en sede gloriosa de las artes, las ciencias y las letras, llena de palacios y magníficos edificios y sobre todo, sede de la Biblioteca y del Museo y señalada por el grandioso Faro. Sigue el texto y las bellas imágenes con el panorama de la Alejandría cristiana, con el desarrollo de la nueva religión bajo la influencia del helenismo con sus grandes teólogos, sus herejías y sus grandes fanatismos religiosos, tan destructivos para el arte antiguo. La Alejandría árabe, a partir de 641, y otomana desde 1517, menos conocida y en cierto sentido algo misteriosa, aparece reseñada, en páginas que se abren con este pasaje de Ibn Battuta (s. XIV)

reseñas

“Alejandría es una joya de esplendor paladino y una virgen ataviada con relucientes ornamentos. Ilumina al Occidente con su gloria, combina bellezas de la más diversa descripción, a causa de su situación entre Oriente y Occidente. Allí se despliegan todas las maravillas para de todos los ojos las vean y allí suceden cosas peregrinas de toda clase”.

El pasaje de Ibn Battuta, aun teniendo en cuenta las hipérboles del lirismo, muestra que la conquista árabe no trajo una decadencia o ruina rápida de la ciudad. El decaer alejandrino corresponde principalmente a los años de dominio turco.

El 1º de julio de 1798, con el desembarco de Napoleón y sus 50.000 hombres a 15 kilómetros al oeste de Alejandría, marca para Empereur el comienzo del período de la “ciudad cosmopolita”. El carácter de la Alejandría antigua volvía a imponerse: se forman grandes y poderosas comunidades extranjeras. Los hijos y nietos de quienes se arraigarán en la ciudad serán “alejandrinos”. A los triunfos de los franceses sobre los otomanos, seguirán los de los ingleses sobre los franceses y los de Mohamed Ali sobre los mamelukos y los ingleses. Y será ese guerrero albanés que edificará la nueva gloria de Alejandría, la Alejandría cosmopolita, aquella en que nacerá un Kavafis, un Ungaretti, un Marinetti. Un bello capítulo del libro de Empereur y un hermoso y fecundo período en la historia de la ciudad. Es también el período en que se produce el bombardeo de 1882, la invasión y ocupación del país por los ingleses; la lucha por la independencia; las dos Guerras Mundiales, en la segunda de las cuales, los bombardeos llegan a la ciudad; la agresión franco-inglesa a raíz de la nacionalización del Canal de Suez. Esta última guerra precipita el fin del período cosmopolita. Empereur bosqueja los rasgos de la Alejandría actual, que mira al futuro, conservando algunos lugares que recuerdan cada una de las etapas de su larga historia.

Sigue una sección de documentos: Fuentes antiguas; los obeliscos de Cleopatra; Relatos de viajeros, Alejandría en la literatura (poemas de Kavafis y de Ungaretti; trozos de Tsiaras, Lawrence Durrell; Naguib Mahfouz; Edwar Al-Kharrat y Robert Solé; los cementerios latinos de Alejandría; la Biblioteca Alejandrina; bibliografía; lista de ilustraciones; Índice onomástico.

En síntesis: un bello e inolvidable libro sobre una bellísima e inolvidable ciudad.

Miguel Castillo Didier

Robert Ilbert, Ilios Yannakakis, Jacques Hasoun (Editores y cantares parciales): *Alexandria 1860-1960 The brief life of a cosmopolitan community*, Traducción Colin Clevent, Harpocrates Publishing, Alejandría, 1997, 220 pp., 8 imágenes, 24 x 17 cm.

Este volumen fue publicado originalmente en París por Les Éditions Autrement, con el título de *Alexandrie 1860-1960. Un modèle éphémère de convivialité. Communautés et identité cosmopolite*.

Las grandes secciones del libro son 1. A pluralist society, 2. A Mediterranean mosaic, 3 Tattered memoirs, 4. Derroteros, 5. Epílogo, 6. Apéndices. Los nombres de los autores son precisamente un reflejo de lo que fue la Alejandría cosmopolita, aquella en que nace y crea un poeta universal como Kavafis: Robert Ilbert, Jacques Hassoun, Anne Le Gall-Kazazian, Katerina Trimi, Ilios Yannakakis, Anouchka Lazarev, Paul Balta, Eglal Errera, Fausta Cialente, Mercedes Volait, Corinne Alexandre-Garner, Youssef Shahine, Edwar el Kharrat.

En la sección 1 Una sociedad pluralista, Robert Ilbert escribe sobre “Un cierto sentido de ciudadanía”, demostrando como pudo funcionar tan creativamente una sociedad formada por grupos étnicos tan variados: griegos, árabes, coptos, turcos, ingleses, franceses, italianos, armenios, judíos. Un sentido de ciudadanía “alejandrina”, en nada opuesta sino complementa con el sentimiento nacional de cada comunidad, enorgullecía a los habitantes de la ciudad de Alejandro. El Consejo Municipal creado en 1890, funcionó cuatro décadas, realizando grandes obras para la urbe de los “alejandrinos”.

En la sección 2 Un mosaico mediterráneo, se estudian las diversas comunidades, sus características y funcionamiento en el marco del sentimiento “alejandrino”, supranacional. Jacques Hassoun estudia a “Los judíos, una comunidad de contraste”, Anne Le Gall-Kazazian traza la historia y rasgos de la comunidad armenia. Katerina Trini e Ilios Yannakakis recuerdan la “parikía”, la comunidad griega, la mayor de la ciudad, a la que daba la segunda lengua hablada. Fue también la más poderosa y aquella más estrechamente ligada al renacer de Alejandría en el siglo XIX, bajo Mohamed Ali, con quien los griegos cooperaron activamente en la labor de dar esplendor a la ciudad y echar las bases de un país moderno.

Anouchka Lazarev escribe sobre “Italianos, italianidad y fascismo”, destacando los problemas que trajo a la comunidad italiana y a su destino posterior la introducción del fascismo desde la madre patria.

reseñas

En la Tercera sección “Malhadados recuerdos”, Paul Balta con el título de “1956”, estudia los hechos que se desencadenan desde el 26 de julio de 1956, cuando en Alejandría Gamal Abdel Nasser, ante una gran concentración, anunció la nacionalización del Canal de Suez. La agresión anglo-francesa que siguió a la nacionalización fue determinante para precipitar el fin de Alejandría cosmopolita. Ingleses, franceses y judíos serían los primeros en tener que abandonar la ciudad y el país al que los gobernantes de sus patrias agredían brutalmente.

Ilios Yannakakis presenta “Adiós, Alejandría”, páginas teñidas de nostalgia por una ciudad y una sociedad en que los hombres pudieron vivir en paz, con sus diversas lenguas y creencias; desarrollar una cultura, una literatura, una vida “alejandrina”, que tuvo que llegar a su fin. Verdad es que hubo errores y la población egipcia, la gran masa pobre estaba al margen de la ciudad europea. Pero había convivencia, tolerancia y cordialidad, quizás especialmente entre griegos y árabes. Pero el nacionalismo egipcio tenía plena justificación, en especial frente a los largos años de dominio, abusivo y prepotente, de los ingleses. Naturalmente, fue la agresión de 1956 la que radicalizó el proceso de expropiación. Estas afectaron también a los griegos y en la imposibilidad de sobrevivir, el camino fue el éxodo masivo.

De la cuarta sección, mencionaremos al menos títulos y autores: “El sueño de Alejandro y el mito literario” de Eglal Errera; “Fausta Cialente Pasajes selectos” de Anouchka Lazarev; “Vestigios, ruinas, recuerdos” de Mercedes Volait; “El enigma del Cuarteto” [de Alejandría] de Corinne Alexandre-Garner; “Mi ciudad, sagrada y indomeñada” de Edwar el Kharrat.

El Epílogo: la muerte del cosmopolitismo” de Ilios Yannakakis abunda en reflexiones acerca de las condiciones que permitieron el florecimiento del cosmopolitismo en la Alejandría moderna. Había sido cosmopolita en la Antigüedad y nunca perdió totalmente ese carácter, aun en la época de larga decadencia y empequeñecimiento físico bajo el dominio otomano. Pero el nuevo y el floreciente cosmopolitismo, que puede fijarse en más de un siglo desde mediados del siglo XIX a la década del 60 de la centuria última se explica por condiciones especiales. Grandes ciudades cosmopolitas como Constantinopla y Esmirna dejaron de serlo por obra de un nacionalismo estrecho y excluyente. En Alejandría, el legítimo nacionalismo egipcio habría seguramente que tenido que llegar a una limitación del cosmopolitismo, pero la triple agresión con que se respondió a la principal medida de la revolución nacionalista, precipitó un proceso que pudo ser menos radical. Medio siglo después, sobrevive una pequeña pero activa comunidad griega; la presencia griega en la Nueva Biblioteca Alejandrina y el

hecho de que ésta haya “revivido”, reivindicando el espíritu universalista de su célebre “colega” antigua; la existencia de una universidad francófona; la apertura del país y su economía; todo parece abrigar la esperanza, no de una resurrección imposible de una sociedad única en sus características, pero al menos de cierta permanencia de algunos rasgos, de respeto por los vestigios. Cuando a la entrada (o salida) de la ciudad en el camino hacia el Cairo, se ve en grandes caracteres el nombre de la ciudad en griego y en árabe; cuando se ve la hermosa estatua del fundador Alejandro Magno; cuando se oye llamar cariñosamente a la ciudad como “Alex”, apócope de Alexandria, su nombre griego, y no de Iskanderieh; cuando se contempla las cuatro esculturas griegas en la Biblioteca; cuando se visita el magnífico Museo Greco-romano que tanto amaba Kavafis; el pensamiento se reconforta con esta presencia, que une lo local –de la historia antigua y reciente- con un elemento de universalidad.

Los *Apéndices* están constituidos por tres mapas de Alejandría, de 1856, 1902 y la década de 1990; una Cronología desde 1798 (ocupación francesa de Egipto) a 1961 (leyes de nacionalizaciones); Extractos de las Guías y Anuarios de Egipto que escribió François Leverney en 1860 y en 1872.

Imposible que este magnífico volumen, que reúne en sus autores el cosmopolitismo de Alejandría, no transmita al lector un sentimiento de tristeza.

Miguel Castillo Didier

Jaris Tzalas: *Alexandrea ad Aegyptum Once relatos alejandrinos*, Dibujos de Yisis Papageoryú, 2ª edición, Ediciones del s. Veintiuno, Atenas, 1997, 336 pp., 11 imágenes, 20,5 x14 cm.

Este estudioso de la historia y la topografía de su ciudad natal, Alejandría, ha venido a publicar en su madurez un texto literario, que no es ni una novela ni una colección de cuentos o de poemas. Se trata de relatos, de narraciones de hechos ocurridos en la Alejandría de su niñez, adolescencia y primera juventud. A los veinte años debió dejar la amada ciudad de la época más hermosa de la vida, a la que regresó tres décadas después, para revivir con intensa emoción aquellos tiempos y recorrer los lugares “que los contemplaron”, que fueron sus mudos testigos.

reseñas

No hay en estas trescientas páginas ni una palabra que corresponda a una ficción. No es, este volumen, como anotábamos, ni una novela, ni una serie de cuentos ni un conjunto de poemas. Pero su lectura cautiva, como podría cautivar la mejor novela. Y los personajes, lugares y hechos que el autor recuerda con expresiones empapadas de poesía y nostalgia, emocionan intensamente. Hay en el autor una especie de “disposición poética” que ilumina todo. Tzalas no necesita recurrir a los “clásicos” que han descrito la ciudad de Alejandro, antigua y moderna y la han cantado. No hay aquí alusiones a Forster, Durrell, Rondeau, Jean Ives Empereur Michael Haag, a Seferis o a Tzircas, o a Naguib Majfuz. No hay citas de escritores. Se recuerdan nada más que algunas expresiones de Kavafis. Hay sólo un recordar a personajes que conoció el autor en su niñez y juventud, a dramas que sobrevinieron con el término de la ciudad cosmopolita. Un recordar con nostalgia, respeto, admiración a veces, con afecto, sin buscar lo paradójal por lo paradójal, ni menos lo chocante por lo chocante; lo que pudiera ayudar a interesar o hasta divertir al lector. En absoluto. La iluminación de personas y cosas por una “disposición poética” es lo que mantiene al lector cautivado.

El zapatero libanés Adún, zapatero pobre; la pequeña niña armenia que no alcanzó a partir con sus padres en viaje no deseado hacia otras tierras, porque no pudo vivir; el “maestro” ciego, que no puede resistir la partida de los que dejan Alejandría y entre ellos sus alumnos de guitarra; Frau Grete, la dama alemana, que no comprende la derrota de su país, y a la que también llega la hora de dejar la ciudad; en fin. Desfilan ante los ojos del lector personajes y lugares. Tras todo, está la partida que llegará fatalmente y con ella la separación de los que quedan, entre los cuales están los egipcios amigos de la niñez, como el portero Am Ajmed y su pequeño hijo de igual nombre.

Miguel Castillo Didier

Fedón Tambakakis: (Edit.) *Αλεξάνδρεια Μια πόλη στη λογοτεχνία, Alejandría Una ciudad en la literatura*. Edit. Metejmio, Atenas, 2002, 312 pp., 25 fotografías, 22,5x 15,5 cm.

En la hermosa serie *Una ciudad en la literatura* de la Editorial Metejmio de Atenas, no podía faltar un volumen dedicado a Alejandría. Y

éste no podía sino haber sido preparado por un alejandrino. Fedon Tambakakis, nacido en la ciudad de Alejandro en 1960, seleccionó textos y recorrió su urbe natal, fotografiando cientos de lugares, y acudió al gran archivo del Archivo Histórico y Literario Griego (ELIA), donde los “egiptotas” han logrado reunir impresionantes cantidades de documentos de las diversas comunidades griegas de Egipto.

En cada sección del libro, un trozo literario, un poema, un fragmento, encabeza la serie de textos. La primera, “Desde la bruma del mito” tiene el célebre pasaje de la *Odisea*, IV, 351-366, en que se habla de Egipto y de la isla de Faros, adonde hubo de llegar Menelao en su viaje de regreso desde Troya y donde hubo de pasar serias peripecias. Esta sección contiene un trozo de *Pharos and Pharillon* de Forster, tomado de la traducción de Ani Spiraku, Atenas, 1991. Siguen páginas de la obra *Los portolanos griegos* (manuscritos de los siglos XVI y XVII), bajo el título de “Aproximación a alejandría”. Sigue el famoso personaje de Plutarco, en las *Vidas de Alejandro y Julio César*, sobre la decisión de Alejandro Magno de fundar una gran ciudad en la costa egipcia. Un capítulo de la *Historia de Alejandría* de Margaritis Dimitsas, Atenas, 1995, titulado “El comienzo de la ciudad” cierra esta sección.

La segunda sección “Ojos míos hemos sido vencidos” la encabeza el poema de Seferis “Salió la luna nueva en Alejandría...” escrito en el exilio en Pretoria en septiembre de 1941, después de haber llegado primero a la ciudad de Alejandro, con el gobierno griego, huyendo de la invasión alemana y la consiguiente ocupación. Una bellísima fotografía de Nikos Likos, 2002, “Amanecer en el puerto viejo” de Aquiles Tacio, en el que se describe el panorama impresionante que presenta la ciudad a la llegada del viajero. Maravillado, éste no puede sino exclamar: “Ojos míos, hemos sido vencidos”. Siguen un fragmento de Grimen en la *Biblioteca de Alejandría* de John Maddox Roberts, en traducción de E. Jarilau; un trozo de *O Mangas* de Penélope Delta y uno de *Justine* de Durrall, en traducción de E. Jurmuzios. El barrio griego, el “Cartier grecque” de Dafni Alexandru, escritora alejandrina, que describe la época áurea de la ciudad cosmopolita con estas palabras: “Una bella y rica ciudad, abierta, con vida social despreocupada. Señoras y señores, vestidos según la última palabra de la moda parisina, circulaban por las calles a pie o en coches de dos caballos y menos frecuentemente en automóviles que era un “artículo” nuevo. Una pequeña Europa con atmósfera parisiense, porque los alejandrinos tenían como modelo a París y toda moda de París aparecía en la ciudad al día siguiente. Pero también sembraba una pequeña

reseñas

Grecia, ya que, por otra parte, dominaba el elemento griego. Centros de diversión, pastelerías, tabernas, tiendas, teatros y poco a poco cines, la mayoría de los cuales pertenecían a griegos. Al caminar por las calles se oía el griego por doquier y en segundo lugar italiano, inglés, francés y alemán. Esta mezcla de extranjeros presentaba una curiosa peculiaridad. La convivencia y la comunicación eran muy normales y armónicas. Todos constituían un conjunto social unitario, con excepción de los ingleses que vivían aislados, en su propio mundo”

Más adelante encontramos dos trozos sobre la “Corniche”, uno de Durrel y otro de Naguib Majfuz.

Y siguen los fragmentos de obras literarias sobre Alejandría. Los autores se repiten a veces: María Jordamidu, Manolis Yalurakis, Penélope Delta, Dafni Alexandru, E.M. Forster, J.M. Jatzifotis, Stratís Tsirkas, Timos Malanos, Jaris Tzalas, Rodis Rufos.

La sección “Faro, Museo, Biblioteca” la encabeza un fragmento del *Banquete de los sofistas* de Ateneo; y la de “Las calles” la abre el poema de Kavafis “Canto y elegía de las calles”. Una sección está dedicada a “Las estaciones del año”. Aquí aparecen numerosos escritores, entre ellos Nikos Kazantzakis y Kavafis: éste con el poema *Sham-el-Nessim*. Otro poema de Kavafis, *Lo riesgoso*, da inicio a la parte dedicada a la sensualidad. La parte dedicada a “El poeta helénico” la encabeza el poema *Epitafio de Antíoco, rey de Comagene* y aquí encontramos trozos de Seferis, Kazantzakis, Uramis, Daniel Rondeau y Durrel.

Las últimas secciones están dedicadas a “La lengua griega”, “Su efímera riqueza”, “Ciudad ingobernable” y “Dile adiós”, en la que hallamos textos de Moravia, Forster, Tzalas, Dafni Alexandru, Orestes Lazaridis y Yusef Saín. No podía faltar aquí “La ciudad” de Kavafis.

En pocas palabras, una extensa recopilación de trozos de los más diversos escritores sobre la “gloriosa ciudad de Alejandría”.

Miguel Castillo Didier

Dafni Alexandru: *Αντίο, Αλεξάνδρεια Adios, Alejandría*, 3ª ed., Ediciones Alexandria, 1999 (?), 230 pp., 20,3x14 cm, 1 fotografía.

“Alejandría tiene algo único. No creo que exista otra ciudad que haya sido tan amada por nativos y extranjeros. No creo que exista otra ciudad que haya causado tanto dolor a quienes debieron dejarla”.

Quizás las palabras que reproducimos encierren todo el sentimiento de amor y de dolor que empapa las páginas de este libro. Ellas y la dedicatoria: “A mis padres y a mi ciudad”.

Son miles y miles los hombres y mujeres que en los más diversos puntos de la tierra recuerdan y añoran la ciudad maravillosa en la que nacieron, en la que vivieron la niñez y la juventud, y en casos, la madurez, y que debieron abandonarla, cuando circunstancias que acaso nunca imaginaron, los forzó a dejarla.

Muchos de ellos son griegos, cuyas familias habían arraigado por dos, tres o más generaciones en la ciudad de Alejandro. Y de éstos, no pocos están en Grecia, tan cerca, pero ya alejados de su tierra natal. La presencia griega en Alejandría, otrora tan numerosa y brillante, que llevó a que Seferis la llamara “ciudad griega” *helinikí poli*, en 1941, es hoy mínima. Existe y hay que esperar que siga existiendo en una ciudad que se enorgullece de su fundador y de su pasado; que luce en grandes y hermosos caracteres griegos su nombre, *Αλεξάνδρεια*, junto al nombre árabe *Iskanderieh*.

Entre aquellos que siguieron llevando a Alejandría como una llaga incurable, está la autora de este libro, Dafni Alexandru. De niña vivió los últimos años de la Alejandría cosmopolita donde había vivido Kavafis. Fueron los años que van desde el término de la Segunda Guerra Mundial hasta 1956, cuando la agresión anglofrancesa provocaría la salida de las comunidades inglesa, gala e israelita y precipitaría el fin de las otras colectividades extranjeras. El nacionalismo egipcio, explicable y justificado, luego de las largas décadas de dominación directa o indirecta de los británicos, llegaría a un punto de exaltación que hará difícil la convivencia de tantos grupos étnicos distintos.

El plan del libro de Dafni Alexandru es muy ambicioso y pensamos que lo logra desarrollar con éxito. Sus capítulos se suceden, sin que el interés y la emoción que provocan decaigan en ningún momento. Documentada en una buena bibliografía y auxiliada por los recuerdos que sus mayores le transmitieron y los suyos propios, nos lleva por los senderos de la historia contemporánea de Alejandría, desde la época de Mohamed Ali, que comienza

reseñas

su obra de construcción del Egipto moderno en 1805, hasta el día en que dice su “adiós a la Alejandría que pierde”, en la década de 1960.

Una primera sección contiene los capítulos “Nací en Alejandría”, “La rebelión de Orabí”, “El bombardeo y el incendio”, “*Eyiptiotas*”. *Eyiptiotas* es la palabra creada (según algunos por Kavafis) para denominar a los griegos de Egipto.

Una segunda gran sección se titula “Incursión al pasado” y nos remonta a Mohamed Alí, para llevarnos a través de una centuria y media a la situación en la segunda postguerra y el surgimiento del gobierno de Naser. Reproducimos aquí algunos de los títulos de los capítulos de esta parte, en la que el arte de la escritora nos transporta a lugares y hechos que pudieran parecer de fantasía para la mentalidad occidental, pero que fueron estrictamente reales. “Mohamed Alí”, y “Griegos islamizados”, “Esclavos y esclavas”, “Ismael” [el virrey apodado “el Magnífico”], “Los ingleses imponen el control económico”, “La ocupación inglesa”, “El dominio británico”. Aquí aparecen dos capítulos sobre acontecimientos y personajes conocidos: “Los sucesos de Densuái”, “Aproximación a Kavafis”. Sabemos cuánto impresionaron al poeta de la ciudad los crímenes de los ingleses en Densuái y cómo le inspiraron el conmovedor poema “27 de junio de 1906, 2 p.m.”. Seguimos recordando títulos de otros capítulos de esta sección, cuya lectura es en todo momento cautivante: “Egipto, protectorado británico”, “El palacio de los Tousson”, “El harén”, “La Alejandría árabe”, “La Alejandría europea”, “El carnaval”... “Faruk”... “La situación en la postguerra y Naser”.

La tercera parte nos impresiona desde el mismo título: “El desarraigo”. La nostalgia y tristeza ocupan el lugar de las descripciones vivaces y alegres que en muchas ocasiones aparecen en la sección anterior. Aquí la autora deja la historia y su documentación, para recogerse a los recuerdos personales, a sus vivencias como “ciudadana alejandrina” y nos lleva por la senda, cada vez más dura, que conduce al doloroso desarraigo, tan temido, no imaginado ni deseado, pero que terminará por imponerse. “Alejandría, una imagen”, “Mis padres”, “La vida con mi madre”, “La vida con mi padre”, “La primera casa”, “Las playas de Alejandría”... “La vida con mis tíos”... “El profesor de francés”... “Los misterios de Alejandría”... “La casa de la calle de la Iglesia Copta”... “La nacionalización del Canal”, “¿Cómo vivimos la guerra?” [de la agresión anglofrancesa en 1956], “La expulsión de los británicos y los galos”, “La nueva situación”, “Sueños”, “La última casa”. A partir de estos capítulos, la amenaza sombría del desarraigo empieza a teñir las páginas. la muerte en Beirut del padre de la escritora precipita las cosas. Comienza la despedida con visitas a lugares casi sagrados

para los griegos, como el cementerio de los caídos en El Alamein. Es un capítulo desgarrador, donde la lectura de los epitafios de los jóvenes griegos caídos en la batalla que salvó a Alejandría y alteró la marcha triunfante de las huestes hitlerianas, no puede sino conmover intensamente. Allá en la soledad y silencio del desierto quedarán esas lápidas que alguna vez cubrirán las arenas. Cada vez habrá menos visitas a ese campo donde duermen los restos de tanto joven que dio la vida por la libertad y el humanismo. Terminan las visitas a lugares ligados especialmente al helenismo y los ojos del lector recorren los últimos capítulos: “Horas difíciles”, “Los últimos días”, “Las últimas horas”, “Adiós Alejandría”. Llega la hora nunca imaginada. Al poner pie en el barco griego que llevará a Atenas a Dafni y a su madre, han dejado de pisar el suelo natal:

“Subimos al barco. Habíamos abandonado así el suelo egipcio. Me apoyé en la baranda y seguí con la mirada, con el pensamiento y con mi alma cada detalle del puerto y su movimiento. Todo mi ser estaba concentrado en esa última imagen. Comenzamos a alejarnos. Alejandría se empequeñecía, se hacía más pequeña, hasta que desapareció. Quedaron solamente cielo y mar. Adiós, amada mía. Contigo lo he perdido todo, pensé. A mi padre, mis sueños... la seguridad de un futuro mejor... nuestro patrimonio, mis fantasías de amor de adolescente, mis amigos, mis conocidos. Todo un mundo. ¿Qué me quedaba?”

Se termina de leer estas páginas con el espíritu embargado de tristeza y la mente vuelve a las palabras citadas al comienzo de esta reseña: “No creo que exista otra ciudad que haya sido tan amada...”

Miguel Castillo Didier

reseñas

Daniel Rondeau: *Alejandro La capital de la memoria*, Traducción al griego de Ani Spiraku, Ediciones Alexandria, Atenas, 2001, 256 pp., 20,5 x 14 cm.

El título original de este libro es simplemente *Alexandrie*. Fue publicado en París en 1997. La segunda parte del título en griego “Ἰπρότεύσα τίς μνίμης” la tomó la traductora de una frase de Rondeau que aparece en una de sus variadas caracterizaciones de la ciudad.

Libro apasionante el de Rondeau, de un francés apasionado por Alejandría, por el mundo “creado” por Alejandro con su increíble expedición, y por la ciudad moderna que entregara un Kavafis a la poesía universal. Con una doble óptica recorre Alejandría, cautivado por aquel joven guerrero rubio que un día arrojó su clámide a la arena de una angosta faja de tierra entre lago y mar, para trazar la forma de una ciudad-modelo de un mundo nuevo sin fronteras que él estaba creando. Pero la recorre cautivado también por las huellas de Kavafis, de Forster y de Durrel, que “renovaron la grandeza de la ciudad” para entregarla otra vez a los siglos. Pero, como veremos, Rondeau, llevado por su admiración por la obra de Alejandro, partirá después de recorrer la primera Alejandría, la más grande y gloriosa, la *Alexáandreia*, la *Alexandrea ad Aegyptum*, a buscar los rastros de la última, de la *Alexandreia Esjati*, la actual Hotzad, ex Leninabad, a miles de kilómetros, allá en la ex Unión Soviética, en la República de Ubequistán, fundada por Alejandro el año 327 a.C.

Las secciones del libro de Rondeau son las siguientes: “La primera vez”, “Una clámide arrojada a la arena”, “El paso de los siglos”, “Empresa KA-FO-DU” y “Alejandría última”.

Como lo indica el título, encabeza el volumen el capítulo dedicada a la primera llegada a la ciudad y la búsqueda de los lugares del fundador y los lugares del poeta, con la *Guía* de Forster en la mano. Uno de los primeros encuentros relatados es la conversación con amigos griegos en el restorán “L’Elite”, que hasta hoy mantiene y dirige activamente la señora Cristina Konstantinu, quien a sus noventa años es quizás la última persona que conoció a Kavafis y que puede recordar al poeta y su casa. Desde la plaza Saad Zaghoul, Rondeau toma la calle del Profeta Daniel y llega al restorán, pintado con los colores griegos y a cuya entrada le entregan una copia del poema “Que el dios abandonaba a Antonio”. Allí van los pocos griegos que quedan en Alejandría y sus conversaciones motivan estas reflexiones del peregrino francés:

“Era clarísimo que para los fieles de Cristina, Alejandría seguía siendo la ‘ciudad ingobernable’ de la que hablaba el escritor egipciota y amigo de Kavafis Stratís Tsirkas. La ciudad, o más bien su propia ciudad, la ciudad-mundo de la que se consideraban herederos, evidentemente estaba naufragando; en Alejandría han quedado ya mil quinientos griegos contra cinco o seis millones de egipcios. Sin embargo, mis nuevos amigos como si bastaran sus voces en la noche, esa tela en que bordaban cada día los recuerdos y los pensamientos y que retomaban cada noche desde el punto en que los habían dejado la tarde anterior, para conservar su ciudad lejos de la gran ola”.

Para los griegos, el recuerdo de la ciudad cosmopolita, ciudad griega para ellos, está sin duda teñido de melancolía. Para Naguib Majfuz, en cambio, la ciudad es sinónimo de alegría, de alegría quizás por su belleza. Cuando relata a Rondeau por qué comenzó a pasar los veranos en Alejandría, expresa “Yo la amaba por su frescor, su exotismo y porque, como todos los grandes puertos, es una ciudad que vibra por la alegría del vivir. Podía pasar yo días enteros sin abrir ni el diario, y no me preocupaba en absoluto. La alegría del pueblo brillaba por doquier.

La segunda sección “Una clámide arrojada a la arena”, nos traslada a la historia de la fundación, parte leyenda parte historia, en realidad, pero no menos cautivante ni la una ni la otra. Es notable que al final de este capítulo veamos tan cerca la posible tumba de Alejandro y la de Kavafis. Para el arqueólogo, gran especialista en Alejandría, el perdido sepulcro del fundador debe estar en el cruce de la calle Fuad, la antigua Vía Canópica y el eje que cruza la ciudad de norte a sur. Si esto es así, “Alejandro debe reposar bastante cerca del lugar donde reposa Kavafis, en la quietud de los cementerios latinos”.

“El paso de los siglos” nos lleva por las variadas peripecias de la ciudad del Faro, el Museo, la Biblioteca, el Serapion. Entristece pensar que al paso del tiempo y a los fenómenos naturales, que llevaron a la ruina final al Faro en el siglo XIV, se hayan agregado las guerras, que terminaron con la Biblioteca y el fanatismo cristiano que destruyó el Serapión y transformó a perseguidos en perseguidores.

La cuarta sección lleva las primeras sílabas de los nombres de Kavafis, Forster y Durrel. El nombre del poeta de la ciudad, los lugares de su vida, su poesía, dominan las páginas. No sólo hallamos el tan citado “retrato” de Kavafis escrito por Forster en *Pharos and Pharillon*, en 1923, sino

reseñas

también el de Cristina Konstantinu, quien, como decíamos, debe ser la única persona viva que conoció al poeta.

Y el último capítulo, el de la *Alexandrie Esjati*, nos conduce por otros caminos no menos apasionantes: el de los recuerdos y vestigios de la expedición de Alejandro y de su figura que quedan en el Oriente. Allá en Ubekistán, en Hotzad, Rondeau habla con Margarita Filánovits, quien como el visitante, como el poeta de la primera y mayor Alejandría, ve el mundo con una óptica doble: “un pasado de más de dos mil años que revive continuamente ante sus ojos [] Alejandro erguido sobre las murallas de la Alejandría Esjati, de la ciudad en los confines del mundo, un día del año 327 a.C., dando instrucciones a sus lanceros tracios, sus arqueros agrianos, sus jinetes tesalios y sus mercenarios ...”y un presente todavía agitado por la disolución de uno de los países más extensos del planeta, la Unión Soviética.

Libro apasionante desde la primera hasta la última página, desde las calles de la primera Alejandría hasta las avenidas de la última.

Miguel Castillo Didier

André Bernard: *Αλεξάνδρεια των Πολεμαίων*, Trad. al griego Antuaneta Kaleyia-Gad, ed. V. Yanikos-V. Kaldís, Atenas, 1997, 128 pp., 64 fotografías, 3 mapas, 1 dibujo, 24 cm x 19,5.

Con la visión desde el aire de la Alejandría antigua de Jean-Claude Golvin, parcialmente reproducida en la portada y en su integridad en las páginas 50 y 51, y un gran plano de la ciudad antigua y moderna en las páginas 2 y 3, se abre este hermoso volumen dedicado a la “megali polis”, la gran ciudad de los Ptolomeos, la urbe de Alejandro. Se trata de la maciza obra de André Bernard, para la serie “Patrimoine de la Méditerranée” de las CNRS Éditions de Francia. Es un título que se agrega a la larga serie de trabajos de Bernard sobre temas relativos al Egipto griego y romano, y especialmente al período helenístico: *Alexandrie la Grande*, monumental obra de 1966; *Les Inscriptions grecques de Philae*, vol. I *Époque ptolomaïque*, 1969; *Le Delta égyptien d'après les texts grecs*, 2 vols., 1970; *De Koptos à Kosseir*, 1972; *Le Panenion d'El-Kanais: les inscription grecques*, 1972; *Les Portes du désert* (Recueil des inscriptions grecques d' Antinoupolis, Tentyris, Koptos, Apollonopolis Parva, Apollonopolis Magna), 1984; *Sorciers grecques*, 1991;

La prose sur pierre dans l'Égypte hellénistique et romaine, 2 vols. 1992; y otros libros y numerosos artículos.

Las secciones de este volumen nos llevan desde los inicios hasta el trágico fin de la época de los ptolomeos.

Se inicia con el *Diagrama topográfico de la ciudad antigua y moderna*, para comenzar la exposición con el capítulo “El nacimiento de una ciudad: el inspirador y el fundador”. Bernard desarrolla ampliamente la idea de que la inspiración para la fundación de Alejandría en su ubicación, que pudo considerarse una decisión extravagante, viene directamente de Aristóteles. Con minuciosa documentación demuestra que son las ideas de su maestro las que llevaron a Alejandro a decidir la ubicación, el trazado y la organización misma de la nueva ciudad que llevaría su nombre. Abundantes fotografías, diagramas y dibujos ilustran esta sección, que nos familiariza con la realidad de la gran ciudad.

El segundo capítulo “¿Pinacoteca real o jaula con fieras?” está dedicado a la dinastía de los Ptolomeos y sus contradictorias características, de amor a la cultura y el arte, de espíritu “universalista” si así pudiéramos decir, y de prácticas de cruel competencia, de ambiciones y de crímenes, mostrando cuán alejados llegaron a ser los reyes Ptolomeos de la figura del “rey virtuoso” en la *Etico Nicomachea*. Es una historia apasionante, llena de luces y sombras, a la que acaso rescate más que nada la grandeza cultural y material de Alejandría.

La tercera sección “Una capital ‘en el margen’ ” estudia la situación de la ciudad que fue nombrada en griego *Alexandreia pros Aigypto*, denominación que en la época romana pasó a ser *Alexandrea ad Aegyptum*. Se la sentía, pues, en la orilla, en el margen del país, que debía el nombre al mítico rey Aígyptos, descendiente directo de Poseidón, por su padre, y del dios río Neilos (Nilo) por su madre. El país comprendía el delta pero también gran parte del valle del Nilo. ¿Por qué fundar una ciudad en esa franja de tierra entre el mar, el Mediterráneo y un lago, “a la orilla” del país de los faraones? ¿Y por qué hacer la fundación mientras se marchaba en una expedición que llegaría hasta el Indo? Bernard entrega varias explicaciones, una de las cuales es el móvil religioso, muy ligado al político. La consulta al oráculo de Amón, al que los griegos identificaban con Zeus, habría dado por resultado el consejo de fundar una ciudad cercana a la isla de Faros que menciona Homero en la Odisea. Y por otra parte, el reconocimiento de Alejandro como faraón resultaba ser un paso importantísimo en su carrera de hacia un imperio universal.

reseñas

Los capítulos “La vida en la ciudad” y “La ciudad comercial” entregan un cuadro vivo, muy documentado del quehacer de los habitantes. “Bajo la mirada de los dioses” nos presenta el “encuentro de dos panteones”, la notable fusión de divinidades griegas y egipcias y la creación del nuevo dios *Serapis*, con atributos propios de divinidades de los dos mundos que se encontraron y fundaron en el Egipto ptolomaico. Bernard sugiere que al construir el magnífico templo, el Serapion, en la “acrópolis de la ciudad”, el único sitio elevado, tenía en mente el consejo de Aristóteles de que el dios más *importante* para una ciudad debía estar en un lugar prominente. Así en Atenas, el templo de Atenea en la Acrópolis. En Alejandría, el templo de Serapis en Rakotis, el lugar que fue llamado Acrópolis de la urbe. La construcción y la fortificación del lugar parece haber sido obra de Ptolomeo I.

Hoy, al visitar las catacumbas griegas, puede uno apreciar el notable grado de sincretismo producido en Egipto en el plano religioso y otros. Los reyes Ptolomeos aparecen con el aspecto de los faraones, de los cuales eran herederos, puesto que Alejandro fue reconocido solemnemente como tal. La figura, que quizás es única del infortunado “rey Cesarión”, el último Ptolomeo, que no reinó, asesinado a los 17 años, que vemos en una columna de Fayum, nos muestra sobre la inscripción griega, una figura en “tenida egipcia”, que representarían a Cesarión presentando una ofrenda a su padre deificado.

El último capítulo “Los postreros días de Alejandría” nos llevan de los días de gloria del Museo, de la Biblioteca, del florecer cultural, científico, artístico, de “la gloria de los Ptolomeos”, para usar el título de un poema de Kavafis, a la gran tragedia final, con el derrumbe ante Octavio, los suicidios de Antonio y de Cleopatra, y la injusta y brutal tortura y asesinato de Cesarión, por “razón política”. Tragedia que inspiraría varios de sus más bellos poemas a quien resucitó la gloria literaria del Egipto ptolomaico, Kavafis.

Miguel Castillo Didier

Takis D. Psarakis: *Ανθολόγιο της Αλεξάνδρειας Antología de Alejandría*, Ed. Nea Sínora – A.A. Livanis, Atenas, 1992, 180 pp., 23 cm. x 14,5, 69 imágenes blanco y negro.

Periodista, investigador acucioso y coleccionista de textos que forman un extraordinario archivo, Takis Psarakis, presenta en este volumen una colección de apasionantes escritos, muchos de ellos de gran valor testimonial, todos de gran interés para quienes aman a Alejandría y su secular y variada vida cultural. El autor ha distribuido los textos en cinco secciones:

“Caminando en puntillas en el Mito y la Historia”; “Escuchando los usos y costumbres patriarcales”; “En las huellas de la ciudad y sus habitantes”; “Bosquejando la vida cultural”; “Escondiéndose en los días de la Gran Guerra”.

Sin duda, cada uno de los textos es de interés. Pero seguramente los que integran la cuarta sección atraen especialmente a los que aman la poesía kavafiana y desean saber más de la ciudad en la que Kavafis creó su obra. La mayoría de los títulos de la sección tienen relación con el poeta: “Mi tío Constantino”, texto de Jariclia Valieri-Kavafis (hija de Arístides Kavafis, muerto en 1902), extraído de sus *Memorias* y publicado el 27 de abril de 1963 en el diario *Tajidromos* de Alejandría. “¿Quién fue el poeta alejandrino Kavafis?”, testimonio de Polis Modinós, quien conoció al poeta y tuvo correspondencia con él. Es un testimonio de 1983. “K. Kavafis – El valiente del placer”, estudio de Tasos Vurnás, publicado en el diario *Tajidromos* en 1981; “La Alejandría de la época de Kavafis”, breve material de Paraskeví Katimertzí, como guía de la exposición “Kavafis, el poeta de Alejandría” realizada en el Institut Français d’Athènes en 1983 guía publicada el 12 de noviembre de ese año; “Una carta no entregada de Tímos Malanos”, documento presentado por Kostas Stamatíu en 1984, “Durrel y su tetralogía alejandrina”, reseña bibliográfica de Yorgos Theotokás sobre el célebre ciclo, publicada en el diario *Vima* en diciembre de 1961, “Nanis Panayotópulos Un hombre de Kavafis”, fragmento de un folleto de Andreas Karandonis, publicado en 1965. Es en realidad un bosquejo de Nanis; “La revista *Nea Zoí* (*Nueva Vida*), “reseña hecha por K. Th. Dimarás del libro de K. Constantinidis *La vida de Nea Zoí*, una de las más importantes revistas literarias de la época de esplendor de la Alejandría cosmopolita, “Yorgos Seferis: breve conocimiento con él” de Manolis Yalurakis, publicado en el *Tajidromos* de Alejandría, y donde el autor recuerda su corto encuentro con el

reseñas

poeta, en el puerto de Alejandría, “La Alejandría de Tsirkas”: la esposa y una hermana de Tsirkas recuerda y caracterizan la ciudad del gran novelista alejandrino y la diferencian de la de Durrel (en 1990). Como puede apreciarse, los títulos ya muestran el interés de este material, dentro del cual se destaca especialmente el texto de Jariclia Valieri-Kavafis, una de las sobrinas preferidas del poeta. Ella deja un retrato de su tío y de su casa, el departamento de la calle Lepsius 10, y del ambiente de ese lugar donde nacieron tantos poemas inolvidables para quien los conozca.

En la sección “En las huellas de la ciudad y sus habitantes”, se destacan trozos como “La ciudad-cruce de caminos” de Orestes Lasarides publicado en el *Tajidromos* en 1961, “La Alejandría que se aleja...”, reseña escrita por Andreas Karandonis y publicada en Atenas en 1963; “La mayoría prepara su partida” de J.M.Jatzifotis, escritor y estudioso alejandrino, que comprueba con tristeza y nostalgia la rápida disminución de la otrora floreciente población griega de Alejandría. Uno de los textos más emocionantes es “Pañuelo de despedida” de Manolis Yalurakis, al abandonar su ciudad amada, donde entregó una vida al estudio, a la escritura y al periodismo. Fue su último artículo para el diario *Tajidromos*, el 30 de julio de 1965.

Imposible en una reseña referirse a todos los textos aquí reunidos, desde aquellos referidos a la célebre Biblioteca, al culto de Serapis, a la cuestión de la tumba de Alejandro, hasta los recuerdos del batallón griego que luchó en El Alamein la batalla que decidió el curso de la guerra en África (y que salvó a Alejandría).

La mayoría de las fotografías son antiguas. De la época de esplendor de Alejandría; algunas de las primeras décadas del siglo XX. La calle Cherif Pachá y su esquina con la plaza Mohamed Ali, donde se destaca el imponente edificio de la Bolsa, recuerda que en esa calle nació Kavafis, antes de su destrucción por el bombardeo inglés de 1882. Y en ese edificio – hoy desaparecido trabajó el poeta como periodista, antes de tomar el trabajo público que durante treinta años lo llevaría a pocas cuadras de allí cada día, a la construcción sólida e imponente que actualmente es el hotel *Le Metropole*.

Libro apasionante, instructivo; una buena selección de textos, que fatalmente tienen que dejar melancolía y nostalgia a quien termina de recorrer sus páginas.

Miguel Castillo Didier

Roberto Quiroz Pizarro: *Nikos Kazantzakis: Impromptu filosófico: dimensiones de un poeta pensador*, Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos – Sociedad Amigos de Nikos Kazantzakis, Santiago, 2003, 398 pp., 4 imágenes, 23,5 x 14,5 cm.

Tratándose de un escritor como Nikos Kazantzakis (1883-1957), con una obra extensísima, desarrollada en el doble ámbito de lo filosófico y lo literario, con una personalidad compleja en constante inquietud espiritual, el trabajo del profesor Quiroz tenía que ser largo e intenso. Afortunadamente, su ya no breve labor anterior como traductor y estudioso de Kazantzakis, le proporcionaban una muy positiva base de partida. Mencionamos aquí algunas de sus publicaciones: “Kazantzakis y el gran mártir Nietzsche”, *Byzantion Nea Hellás* 11-12, 1991-1992; *Apuntes de viaje Textos inéditos de Kazantzakis en español*, Santiago, 1996; “Nietzsche: una tentación de juventud”, *Byzantion Nea Hellás* 16, 1997; *Kazantzakis: cronología, bibliografía castellana e iconografía poética*, Santiago, 1997; “Tras las huellas de Nietzsche en Kazantzakis”, *Actas del I Congreso de Neohelenistas de España e Iberoamérica* (1996), Granada, 1997; “La Comedia de Kazantzakis, obra adelantada”, *Actas del Simposio Internacional Kazantzakis* (1997) O. Omatos (Editora), Granada, 1998; *Abismo y fe Aproximaciones a la Comedia de Kazantzakis*, Santiago, 1998; *Seferis, Kazantzakis y Chipre*, en proceso de impresión, 2002; traducción del estudio de Katerine Anghelaki-Rooke “El budismo en Kazantzakis”, *Byzantion Nea Hellás* 17-18, 1998-1999. En realidad, el hecho de que el profesor Quiroz está en condiciones de manejar directamente la nutrida bibliografía griega sobre el autor estudiado ha hecho posible la realización de esta tesis.

El doble ámbito de lo filosófico y lo literario que presenta la obra de Kazantzakis no puede menos que recordar a aquellos lejanos ancestros de este escritor que fueron los primeros pensadores griegos, los filósofos jonios. La inquietud “ideológica”, el casi obsesionante afán de buscar una explicación al misterio del hombre y del mundo, atraviesa toda su obra. No sólo en el opúsculo filosófico *Ascética*, en el diálogo *Simposio*, en los *Cantos* a figuras guías del espíritu humano, en el oceánico poema *Odisea*, sino en cada obra, y casi podríamos decir, en cada página escrita por Kazantzakis, encontramos esa inquietud y esa búsqueda.

reseñas

Hay que señalar que, en cierto modo, la elección del tema para este ensayo por don Roberto Quiroz puede haber estado influida por el hecho de que también en él se da un doble ámbito de inquietudes. En efecto, se desempeña como profesor en el Centro de Estudios Griegos, como licenciado y magíster en filosofía, pero su atracción por la literatura es notable, lo que ha podido apreciarse en los temas de varios de sus trabajos y en la forma de éstos, escritos en un lenguaje muchas veces poético, en un estilo que en momentos se muestra florido. Es su estilo.

La obra del profesor Quiroz se organiza en catorce secciones o capítulos. Luego de una presentación y una introducción, se aborda un bosquejo biográfico de Nikos Kazantzakis y una mención de las primeras obras del escritor, en las cuales pueden apreciarse sus tempranas inquietudes filosóficas.

Los títulos de los diez capítulos que siguen dan de partida una idea de la complejidad de aquellas inquietudes, las que perduraron durante toda la vida del poeta pensador y atraviesan, como expresábamos, su vasta obra: “Kazantzakis y Nietzsche”, “Kazantzakis y Buda”, “Kazantzakis y Cristo”, “Kazantzakis y Bergson”, “Kazantzakis y Zorbas”, “Kazantzakis ¿existencialista *avant la lettre*? “Kazantzakis y Unamuno”, “Ascética”, “Simposio”, “Odisea, transposición poética de la Ascética”.

Las secciones que podríamos calificar de medulares son las dedicadas a las relaciones del pensamiento del autor griego con los de Nietzsche y de los existencialistas, así como los que se ocupan de la *Ascética* y del gigantesco poema *Odisea*, en tanto transposición poética de aquel opúsculo filosófico. La admiración por la figura y el pensamiento de Nietzsche se mantuvo en Kazantzakis durante toda su vida, desde que “descubrió” el filósofo en París, en 1907. De mucho interés son, sin duda, los capítulos que nos informan de la importancia de las figuras de Cristo y de Bergson en la vida y obra de Kazantzakis.

En un anexo, el autor da una “ojeada al epistolario” del escritor, seleccionando algunos textos que nos dejan entrever al poeta “atormentado por las ideas”, al pensador enamorado de la poesía. Finalmente, luego de las “Conclusiones”, se entrega una muy amplia bibliografía.

En 1999, comentando el libro del profesor Quiroz *Abismo y fe Aproximaciones a la Comedia de Kazantzakis*, la profesora Olga Omatos, catedrática de literatura neogriega de la Universidad del País Vasco, lo calificaba de “un precioso aporte a la difusión de la obra teatral de Kazantzakis, que acercará un poco más a nuestro autor a sus siempre más numerosos admiradores de lengua española”. Pensamos nosotros que esta

obra de Roberto Quiroz constituirá, sin duda, un aporte importante al conocimiento y a la valoración de un ámbito poco estudiado sistemáticamente de la obra de Nikos Kazantzakis, el ámbito de sus inquietudes filosóficas.

Miguel Castillo Didier

Relato de cómo se construyó Santa Sofía según la descripción de varios códices y autores Editados por J. M. Egea, Centro de Estudios Bizantinos Neogriegos y Chipriotas, Granada, 2003, 220 pp., 42 ilustraciones, 24 cm x 12.

El profesor José María Egea, a quien se deben tantos y tan importantes trabajos, como su monumental edición crítica, bilingüe, de la *Crónica de Morea*, regala a los estudiosos y amantes de la Ciudad Reina este magnífico volumen, que presenta dos textos del famoso *Relato sobre la construcción de la gran iglesia de Dios llamada Santa sofía* Diíyisis perí tis ikodomís tu naú tis megalis tu theú eklisías tis onomazomenis Hayías Sofías, más un anexo con el relato de Procopio en el libro I de *De Aedificis*; con las relaciones contenidas en las crónicas latinas de Radulfo de Diceo y de Radulfo el Negro; el extenso poema de Paulo el Silenciaro *Descripción de Santa Sofía*; y la traducción del *Marciano VII 43*. Todos los textos están presentados con su original, con excepción de este último. En cuanto al *Relato*, el profesor Egea entrega la versión más antigua, del siglo IX, según el texto de Preger y un texto neogriego se imprime en la parte inferior de la página, mientras el “original” aparece arriba y al frente la traducción castellana.

Los propósitos del profesor Egea están claramente formados en la “Introducción”: “Esta edición no es fundamentalmente un estudio sobre los Patria y las historias contenidas en ellos, desde el punto de vista histórico; busco más bien el punto de vista filológico, enmarcado en la historia de la lengua griega. El propósito del libro no es tanto relatar la realidad de la construcción de Santa Sofía tal como la describen las fuentes y las investigaciones modernas, sino mostrar, a partir de dos obras medievales, lo que piensan y creen los habitantes del Imperio en el siglo X sobre la construcción de la Gran Iglesia”. Y agrega más adelante “Otro propósito buscado es el de documentar la historia de la lengua en dos momentos significativos: durante el esplendor político y militar del siglo X y, tras la caída de la Ciudad, en el XVII”. Y así, en la “Introducción”, además de la historia y descripción del texto, hay un importante apartado sobre la lengua.

reseñas

De gran interés, de apasionante interés diríamos más bien para los amantes de Bizancio y de la Reina de las Ciudades, es el excelente “Estudio Preliminar” de más de 30 apretadas páginas, dedicada a “la arquitectura imperial antes de Justiniano Constantino y la religión de Estado”, a “Justiniano” y a “Santa Sofía, la Divina Sabiduría de Dios. La concepción arquitectónica de Justiniano”, secciones estas enriquecidas con numerosos diagramas, planos y fotografías.

No se necesita ponderar la importancia de los textos presentados en este volumen ni el encanto que produce su lectura. La grandeza y magnificencia de la gran obra arquitectónica, que superaba todo lo conocido, y pensamos que no ha sido superada hasta hoy, no podía sino exaltar la imaginación de quienes sabían sólo de oídas y en la lejanía, y producir asombro en quienes veían levantarse la increíble construcción y en quienes pudieron asistir a la inauguración de una obra que parecía estar más allá de las posibilidades humanas. De ahí que surgiera la convicción de la directa intervención de Dios en su construcción. Son plenamente explicables las diversas creencias y leyendas que fueron surgiendo y que permanecieron tenazmente en la tradición tanto erudita como popular. Sólo indicaciones divinas directamente entregadas a los arquitectos y maestros podrían haber permitido levantar tal edificio con su imponente cúpula que parecía flotar levemente en el aire y desde donde la luz inundaba el inmenso espacio central. Así, pues, la obra de los arquitectos griegos Antemio de Traies e Isidoro de Mileto, que acaso sólo pueda parangonearse – salvando todas las distancias y diferencias – con la de sus “colegas” griegos que levantaron el Partenón, Calícrates y Fidias- entró en la leyenda desde el primer momento.

Desde entonces, y a pesar de los cambios introducidos, del paso del tiempo, del descuido de siglos, etc., Santa Sofía sigue maravillando al mundo. Pese a los avances técnicos producidos en los siglos posteriores, que permitieron elevar grandiosas catedrales, el templo de Justiniano sigue produciendo un encanto inigualable. Es decir el testimonio de nuestro Francisco de Miranda, Precursor, héroe y mártir de la independencia hispanoamericana, conocedor de los templos y palacios de mayor magnificencia en el mundo. El día 16 de agosto de 1786, escribe en su *Diario*, mientras describe la iglesia – entonces mezquita, hoy museo – de Santa Sofía: “La sublime idea que uno siente al ver el conjunto interiormente, es bien superior a la que resulta cuando por primera vez se examina San Pedro en Roma, San Pablo en Londres, el Escorial en España”.

Debemos agradecer al profesor Egea este espléndido trabajo. No sólo hemos podido acceder al *Relato*, sino a otros textos tan interesantes como el poema de Paulo Silenciaro, al que hay que apreciar en su época y en su estilo.

Miguel Castillo Didier

Gueorgios Yortatsis: *Erofili*, Introducción, traducción y notas de Olga Omatos, Ediciones Labrys, Sevilla, 2000, 20 cms x 15, 1 fotografía.

Dedicado al profesor y eximio investigador Stylianós Alexú, quien ha dedicado una larga e intensa labor a la literatura cretense, este trabajo de la profesora Olga Omatos, pone al alcance de los amantes de la literatura neohelénica, una de las obras cumbres que produjo en renacimiento en la isla de El Greco y de Kazantzakis.

El trabajo de la profesora Omatos es realmente ejemplar y compromete la gratitud de todos los neohelenistas de lengua española. Y sin dudar tras esta edición hay un largo y duro esfuerzo, pues no son pocas las dificultades que implica traducir esta obra, que incluidos el prólogo y la dedicatoria supera los 3 mil versos, sino por los problemas que presenta no sólo el dialecto cretense del siglo XVII, sino también las peculiaridades del lenguaje de Yortatsis.

Se suele considerar a *Erofili* y al *Erotócritos* como las obras maestras del fecundo Renacimiento cretense. Nosotros nos atreveríamos a agregar *El sacrificio de Abraham*. El panorama hasta hoy conocido de la producción literaria de ese notable período, interrumpido brutalmente por la sangrienta conquista otomana, en 1669, y el durísimo dominio que siguió por casi dos siglos y medio, comprende las siguientes obras: el poema idílico *La pastorcita*., el vasto poema épico novelesco *Erotócritos*; las tres tragedias *Erofili*, *El rey Rodolinos* y *Zinon*; las tres comedias *Katzurbos*, *Stathis* y *Fortunatos*; el drama pastoril *Panoria* o *Yíparis* y el drama religioso *El sacrificio de Abraham*.

Al margen de que se discuta si las obras cretenses son propiamente populares o en qué grado pueden serlo – punto que toca también la profesora Omatos -, es un hecho el que la mayor parte de las creaciones de los autores cretenses llegaron a ser populares. Las numerosas ediciones de *El sacrificio*

reseñas

de *Abraham* y de *Erofilí* así lo muestran; los de las otras piezas; la realidad comprobada en el siglo XX de que gente cretense ilustrada o poco letrada sabían de memoria largos pasajes de poemas como el *Erotócritos*. También esta popularidad está atestiguada en las Islas Jónicas, único territorio griego que no sufrió el yugo turco, y que continuó la tradición teatral de Creta.

La traductora estudia diversos aspectos de todo el teatro cretense, pero más detalladamente los de *Erofilí*. Y en cuanto a la valoración del autor y de la obra, nos informa de los criterios negativos o escépticos que predominaron entre los eruditos griegos y de la valoración posterior, ya firmemente asentada. Actualmente, es unánime el juicio favorable para enjuiciar los méritos de Yortatsis. Linos Politis lo considera un poeta y un autor teatral de primera categoría, en su *Historia de la literatura neohelénica*. El profesor Stilianós Alexú “explica las razones de la alta consideración en que se tiene el autor, que radica, por un lado, en haber cultivado con éxito las tres formas de arte teatral, tragedia, comedia y drama pastoril, abriéndoles camino en la literatura neohelénica, y por otro, en su papel fundamental como modelador de la lengua viva en forma poética. La tradición popular de las antiguas *dimotiká tragudía*, dice Alexú, se une en él con la tradición literaria, dejando de ser un fenómeno impersonal para pasar a convertirse en una organización consciente de la expresión poética. Afirma que Yortatsis es reconocido actualmente como el gran renovador de la lengua y la literatura de su época y que su influencia con los autores que le suceden, Kornaros, autor de *Erotócritos*, Troilos, autor de *Rodolinos*, así como posteriormente Solomós, fue definitiva. Juicios semejantes entrega el profesor W. Puchner, que tantos trabajos ha dedicado a la literatura cretense. Este estudioso llega a afirmar que, a pesar de su dependencia de los convencionalismos eruditos propios del género dramático en el renacimiento, la obra puede compararse con las de Shakespeare y Lope de Vega.

Erofilí no sólo fue reiteradamente representada en Creta y luego de la caída de ésta, en las Islas jónicas. En el siglo XX se repuso la escena neogriega hasta llegar a adquirir “carta de naturaleza” en el acervo teatral del país helénico, siendo admirada y aplaudida por filólogos estudiosos y por el público común. Olga Omatos recuerda la representación en Olimpia en 1934, dirigida por el legendario Károlos Kun, con escenografía de Tsarujis; y los emocionados elogios que recibió de Ángel Sikelianós y de Galatea Kazantzakis; así como las celebradas puestas en escena de Alexis Solomós en 1961; las de Tesalónica de 1950, coordinadas Linos Politis; las de 1955 con Irene Papás en el teatro *Herodes Ático*; las de 1996 con el director Evangelatos.

De gran interés es el examen de las partes corales y su papel dentro de la obra; el de la presencia e influencia de la poesía popular en la tragedia; el del horror en la escena. Respecto de esto último, Olga Omatos coincide con el juicio de Alexis Solomós: “En respuesta a las acusaciones de crueldad achacadas a la obra, contesta también Alexis Solomós que, si se consideran las escenas de horror como un aspecto negativo de la tragedia, habría que borrar la mayor parte de las tragedias de Shakespeare, muchas obras de Calderón y de Lope de Vega.

Desde el prólogo que “dice Caronte, quien sale del Hades entre rayos y truenos y una gran conmoción”, hasta el final de los cuatro actos que terminan con una cantata coral y el quinto al que sólo corona el coro con ocho versos con una reflexión sobre la ambición y sus efímeros logros, la obra impresiona con el destino de los amados Erofilo y Panáretos, víctimas de la ambición y crueldad del propio padre de la joven, el rey Filógonos de Menfis, Egipto.

Vasto y arduo trabajo el de la profesora Olga Omatos, que merece el reconocimiento y aplauso sincero de todos los amantes y estudiosos de la literatura neogriega.

Miguel Castillo Didier

reseñas

Ilaria Ramelli: *Cultura e religione etrusca nel mondo romano; La cultura etrusca dalla fine dell'indipendenza*. Torino, Edizioni dell'Orso, 2003, 215 pp.

Excelente es la obra de Ramelli en relación con la supervivencia de la cultura etrusca en el mundo romano, no sólo a nivel político sino también religioso. Con clara disciplina la autora testimonia la presencia de lo etrusco desde la edad augustea hasta llegar a Constantino. A través de numerosos ejemplos se desarrolla en estas páginas la visión de escritores y emperadores sobre los valores y aportes etruscos. Una amplísima bibliografía corrobora citas e interpretaciones; el resultado es una obra enriquecedora y de lectura amena.

Particularmente interesante es el análisis de la posición filo-etrusca de Virgilio y Propertio y de la anti-etrusca de Horacio. La *fides* es presentada como la virtud nacional de Etruria y es atribuida con mucho énfasis al etrusco Mecenas (cf. p. 31). Se comenta asimismo la incierta procedencia de este pueblo y las diferentes hipótesis.

Destaca también al emperador Claudio por su defensa de la *Etrusca disciplina* vinculada a la tradición de Roma. Ramelli recuerda cómo el estoicismo fue la filosofía dominante en Etruria, representada en el s. I d. C., en el mundo romano, por Musonio Rufo y Persio entre otros. Están presentes en toda la obra las referencias a los arúspices y a la relativa libertad de la que gozaba la mujer etrusca.

Se pasa revista a los emperadores de los siglos II y III y su relación con el mundo etrusco, ya sea a favor o en contra. Llegamos finalmente hasta el emperador Constantino y sus medidas contra los arúspices, que demuestran cómo la cultura etrusca permanecía viva especialmente en su dimensión religiosa gracias, en gran parte, a la *Etrusca disciplina*.

Como muy bien lo expresa su autora: "El presente estudio permite demostrar la profunda vitalidad cultural, religiosa e incluso política del mundo etrusco después del fin de su independencia." Dos apéndices completan la clara exposición previa y permiten al lector profundizar en su admiración por esta civilización.

María Alejandra Pertini

Constantino Cavarnos: *Cultural and Educational Continuity of Greece. From Antiquity to the Present*. Massachusetts: Institute for Byzantine and Modern Greek Studies, 1995. xii + 75 pp.

El origen de este trabajo está en una conferencia de Saúl Tovar, tras la cual, y a instancias de los asistentes, el profesor Constantino Cavarnos escribió una serie de artículos que iluminaban aspectos poco conocidos de la educación griega desde la época clásica hasta el período post-bizantino, como por ejemplo la existencia de instituciones griegas de tipo universitario antes, durante y después de la Edad Media. Tradicionalmente se ha consignado a Bolonia (1158), París (1205), Palencia (1210) y Oxford (1214) como las primeras universidades establecidas en Europa, y como sus predecesoras a la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles, dando la impresión de que no hubiera existido ninguna institución de educación superior en el período intermedio. Es este error el que pretende subsanar el profesor Cavarnos.

Ya en el período helenístico, alrededor del 295 a.C., se funda en Alejandría el Musión, así llamado a partir de las nueve Musas que presidían las artes y las ciencias. Asignarle el carácter de universidad al Musión es claramente pertinente, pues allí se cumplían tanto labores docentes (se enseñaba, entre otras disciplinas, filosofía, matemáticas, zoología, astronomía, medicina y filología) como de investigación por parte de profesores que recibían una alta remuneración por su trabajo, entre quienes estuvieron Galeno, Dionisio, Calímaco, Aristarco, Eratóstenes y la famosa Hipatía. En el campo de la filología, se trabajaba determinando la cronología de los textos, empresa en la cual se dieron los primeros pasos en lo que hoy llamamos crítica textual. Quizá los ejemplos más famosos correspondan a los textos homéricos y el corpus platónico. En lo inmediato, fijar una data para los diálogos platónicos obedecía a la necesidad de discriminar cuáles eran genuinos y cuáles espurios, pues el interés que despertaban era tal que había surgido un lucrativo negocio de venta de ediciones falsificadas. Fue en el Musión donde se escribió la primera gramática griega, se calculó la circunferencia de la Tierra, se expuso la teoría heliocéntrica y se hicieron importantes contribuciones a la medicina.

Junto con el Musión, también se establecieron las dos bibliotecas de Alejandría, el Briquión y el Serapion, ambas administradas por el Estado. Se calcula que entre ambas llegaron a contar con un millón de libros, cantidad que se explica por la promulgación de una ley por la cual todo libro que llegaba desde el extranjero a Alejandría era copiado. El original iba a una de

reseñas

las dos bibliotecas y la copia era devuelta al barco en el que había llegado. Como directores de las bibliotecas, Zenódoto de Efeso llevó a cabo la primera edición crítica de la *Ilíada* y la *Odisea* y escribió un diccionario homérico; Eratóstenes, aparte de sus trabajos de corte científico, escribió un libro que databa con precisión las comedias antiguas; Aristófanes de Bizancio realizó trabajos lexicográficos y de edición crítica de Hesíodo, los poetas líricos y los comediógrafos Aristófanes y Menandro; Aristarco formó a un gran número de estudiosos que producirían, entre otras obras, un diccionario etimológico, un manual de mitología y una gramática comparada de las lenguas griega y latina. Además, Cavarnos aprovecha de desmentir las leyendas respecto a los supuestos incendios que habrían significado la ruina de ambas bibliotecas: la verdad es que perduraron hasta el año 700, no siendo incendiadas por romanos ni árabes, sino dispersándose los libros por diferentes ciudades de la cuenca mediterránea a lo largo de los años.

En la misma metrópolis floreció a mediados del siglo segundo la Escuela Catequética bajo la dirección de Clemente de Alejandría, el primer gran erudito cristiano: teólogo, filósofo que destacó la importancia de la filosofía griega para el cristianismo, filólogo que explicó el valor fonético de los jeroglíficos, estaba familiarizado tanto con las Escrituras como con un inmenso número de autores paganos. Si se toma en cuenta que Alejandría constituía el verdadero centro intelectual de la cristiandad, que entre los discípulos de Clemente se contaron personajes de la talla de Orígenes y Atanasio el Grande, que probablemente Clemente, aparte de enseñar a los catecúmenos, tuvo la oportunidad de entablar un fructífero diálogo con los estudiantes del Musión, se comprende que a menudo haya sido considerada una "universidad cristiana". A fines del siglo cuarto se deja de tener noticias de la Escuela de los Fieles, o Catequética, pero para entonces ya se había fundado otro centro de estudios que adquiriría mayor renombre aun: la Universidad de Constantinopla.

Quizá la omisión más inexplicable a la hora de mencionar las primeras universidades europeas corresponde a la de Constantinopla, fundada en el 300 d.C. Entre las asignaturas impartidas se encontraban las de lengua griega, literatura, filosofía secular, historia y otras pertenecientes al área de las humanidades; en el ámbito científico, matemáticas, astronomía y medicina. Después de veinte años de docencia, los profesores recibían una pensión y el título de "Conde (*Komes*) de Primera Clase", tras lo cual algunos pasaban a servir como consejeros del Emperador, embajadores o gobernadores de alguna de las provincias del Imperio. Prueba de la fama de la Universidad de Constantinopla en toda Europa es que el Papa Inocencio III, al aprobar la

fundación de la Universidad de París, le envía un memorándum a sus profesores recomendándoles viajar a Grecia (obviamente a Constantinopla) para aprender la lengua y cultura griegas.

En la Universidad de Constantinopla, San Fotio el Grande instauró el sistema de enseñanza adoptado por las universidades medievales europeas y que se conoció como sistema alemán debido a que profesores alemanes lo llevaron desde Constantinopla al resto de Europa: consistía en leer un texto y posteriormente discutirlo por medio de un análisis y comentario de sus contenidos. El cultivo de las artes y las ciencias hizo que notables extranjeros, como Boecio, se avocindaran en Constantinopla. Una de las lamentables consecuencias de la ferocidad demostrada por las salvajes hordas de turcos que tomaron la ciudad en 1453 y de la barbarie a la que sometieron a la población, fue que la universidad cerrara sus puertas, provocando el éxodo de los sabios bizantinos que fertilizarían el suelo itálico, ávido del saber antiguo y cristiano, conservado y renovado durante siglos en Atenas, Alejandría, Constantinopla y otras ciudades del Imperio Bizantino.

Ya en la época post-bizantina, la Academia Patriarcal cumplió un rol inestimable. Fundada en el siglo séptimo como una escuela de teología, tras la caída de Constantinopla y dado el sistema turco de *millets*, en el que se agrupaba a los súbditos no por su nacionalidad, o lengua, sino por su religión, el Patriarca de Constantinopla pasó a ser el Etnarca (representante secular y religioso) de la "nación cristiana", que incluía por ende a Búlgaros, Armenios, Georgianos, Serbios, Griegos, Rumanos y otros. Dentro de sus atribuciones, el Patriarca expandió el currículum a materias no religiosas, conservando como objetivo la enseñanza y propagación de la cultura griega (*paideia*) y las varias ramas del saber. Como tal funcionó hasta el siglo dieciocho, sirviendo de modelo para numerosas otras instituciones similares al interior del Imperio Otomano. Entre las griegas hay que contar las de Patmos (1534), Ioannina (1648), Kozani (1664), Esmirna (1717) y Venecia (1665). En Rumania se fundó la Academia de Bucarest (1680) y la de Yassy (1774). La primera fue un centro de educación primaria, secundaria y universitaria, en el cual se enseñaba griego (antiguo y moderno), latín, francés, historia de la filosofía, lógica, metafísica, ética, psicología, retórica, física, química, geometría, álgebra, trigonometría, astronomía, geología y medicina. La segunda contaba con Facultades de Filología, Matemáticas, Física y Teología. La lengua en la que se enseñaba era la griega y un gran número de sus profesores eran griegos.

reseñas

En 1748 se fundó la Academia de Monte Athos, por cuyas dependencias pasaron eminencias de la talla de Evyenios Vúlgaris, el gran educador San Cosmas Aitolos o el héroe nacional Rigas Velestinlís. En imitación de la Academia de Monte Athos se creó otra en Jíos, la que perduró hasta la indescriptible masacre efectuada por los turcos en 1822, en la cual de cerca de 100.000 habitantes que tenía la isla sólo quedaron con vida 3.000 que se salvaron huyendo a las montañas. Las islas jónicas, que como se sabe no estuvieron bajo dominio turco, albergaron durante cuarenta años varias academias que perduraron hasta finales del siglo diecinueve y uno de cuyos más famosos profesores fue el poeta Andreas Kalvos. Al sacudirse el infame yugo turco, los recursos y profesores de las academias jónicas fueron destinados a la recién fundada Universidad de Atenas. Junto a ella se pensó crear un centro dedicado a preservar y difundir la cultura a través de investigaciones y conferencias, para lo cual en 1926 se fundó la Academia de Atenas, donde han desarrollado su actividad los más destacados intelectuales, escritores, representantes de las bellas artes, científicos, juristas y teólogos de toda Grecia. En este apretado panorama, el profesor Cavarinos demuestra de manera diáfana la ininterrumpida continuidad cultural y educacional de Grecia, desde la Antigüedad hasta nuestros días, pasando por la época bizantina y post-bizantina.

Roberto Quiroz Pizarro

Matilde Casas O.: *Néstor Iskánder. Relato sobre la toma de Constantinopla*. Estudio preliminar, traducción y notas. Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2003. 123 pp.

El traslado de la capital del Imperio Romano a Bizancio hizo que, tras la caída de Roma en el siglo quinto, Constantinopla pasara a desempeñar el papel de una Segunda Roma, preservando y acrecentando durante más de mil años el legado cultural y político de la Roma itálica. Parte importante de este legado consistió en su labor evangelizadora, por lo cual fue entre los pueblos eslavos donde más hondo impacto causaron la caída de Constantinopla y las atrocidades cometidas por los turcos otomanos durante y especialmente después de la toma de la ciudad: de los sobrevivientes a la batalla, aquellos

que no perecieron tras las más salvajes torturas, fueron vendidos como esclavos en los mercados de Oriente Medio.

A partir de este hecho se generó una interpretación teológica en la que Moscú aparece como la Tercera Roma, protectora de la Ortodoxia, heredera del acervo religioso, intelectual y artístico de Bizancio. La condición para mantener este sitio de privilegio espiritual será el apego irrestricto a la fe ortodoxa, pues, según insiste el *Relato* de Néstor Iskánder y numerosos otros textos rusos, la caída de Constantinopla habría sido consecuencia directa de su apostasía en el Concilio de Ferrara-Florenia al haber abandonado la Ortodoxia por motivos políticos: "Y tú [Constantinopla], como un demente, le das la espalda a la gracia y la generosidad divina y te dedicas a la fechoría e injusticia". Este no es un hecho menor, ya que dicho planteamiento, según el cual Rusia constituye una reserva espiritual frente al extravío occidental, se prolongó por siglos. Tal fue la enseña del movimiento eslavófilo que incluyó a Alexey Khomiakov y a los hermanos Iván y Constantino Aksakov entre otros y que ejerció poderosa influencia sobre Dostoievsky, Tolstoy, Gogol, Soloviev y una pléyade de pensadores rusos. De hecho, este concepto tuvo una inesperada reaparición cuando la diplomacia soviética presentó a los países de la Cortina de Hierro, y especialmente a Rusia, como un espacio de decencia, sobriedad y firme adherencia a principios éticos, frente a los excesos de un occidente degenerado por el capitalismo.

Entre los relatos que difundieron la terrible noticia que corrió como la pólvora por toda Rusia, destaca el de Néstor Iskánder, el cual fue profusamente copiado, y cuya traducción y estudio ha presentado la profesora Matilde Casas. El autor del *Relato sobre la toma de Constantinopla* fue un ruso que, tras ser raptado en su niñez por tártaros o turcos, sufrió una conversión forzosa al islam, debiendo cambiar su nombre cristiano Néstor por el de Iskánder. Fue testigo del asedio y toma de la ciudad, pues dadas las circunstancias tuvo que pelear junto a los atacantes, ocultando *in pectore* su verdadera fe.

Caracterizado como 'relato histórico', el texto combina una exposición de datos históricos y pasajes de leyendas populares junto con otros de invención propia, como es la figura del Patriarca de Constantinopla. En el breve estudio introductorio se discute la cronología del *Relato*, aspectos de crítica textual y se presenta un escueto *stemma* de transmisión textual. Al abordar la historia de la ciudad, el texto se organiza según el tradicional esquema fundación-floreCIMIENTO-declive, lo cual es utilizado para imponer una perspectiva teológica al *Relato*, en el que ya al momento de narrar la

reseñas

fundación de la ciudad se menciona su futura caída a manos de los infieles. De interés lingüístico es la transcripción de palabras como el topónimo 'Bizandio' o el nombre propio 'Kostandin', reflejo de la pronunciación sonora de la dental del grupo ni-tau, tal como llegaría a ser la norma de la lengua neogriega.

Roberto Quiroz Pizarro

Haralámpos Kórakas: *Disertaciones sobre Grecia moderna*. Granada: Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, 1997. 91 pp.

En apretadas páginas, este libro ofrece una panorámica, no por breve menos rigurosa, de diversos temas cuya unidad radica en la milenaria continuidad diplomática, lingüística o cultural de la nación helénica. En "El espíritu de Grecia", el diplomático Haralámpos Kórakas señala brevemente algunas constantes del fructífero diálogo entre aquella Grecia ideal que es patria de todos los humanistas y la Grecia histórica, que a través de su azarosa existencia ha conservado como emblema de su más íntimo anhelo el amor por el saber. Es por ello que la preservación de su propia identidad, frente a los embates de sus vecinos, conllevó siempre la preocupación por una cultura que de propia había llegado a hacerse universal. Ya en el siglo cuarto a.C., Sócrates aseveraba que "son griegos los que participan en nuestra cultura más que aquellos que tienen el mismo origen que nosotros", lo que sería refrendado por Horacio en su famoso verso *Graecia capta ferum victorem cepit*. Los griegos generosamente compartieron sus conocimientos e ideales y admitieron en esta patria espiritual a todos quienes cultivaran el amor por el *lógos*, la palabra y la razón, pues, como apunta Kórakas, si bien el imperio universal de Alejandro desapareció, el imperio de Sócrates aún perdura, pervive en la Patrística, en las humanidades y en el vocabulario de las ciencias, que sigue nutriéndose de la lengua milenaria de los griegos.

En "Literatura neohelénica" se esboza la importancia de la historia de la literatura griega como historia de Grecia, tanto en lo lingüístico como en lo espiritual. Aunque no tan renombrada como su contraparte antigua, la literatura neohelénica comprende un vasto corpus que se extiende desde el siglo décimo, es decir desde que se fijan los principales caracteres de la lengua neohelénica hablada, la *dimotikí glossa*, hasta nuestra era. Enfatizando esta misma continuidad cultural y lingüística griega, así como la riqueza y

flexibilidad del idioma neogriego, Toynbee pudo escribir que "el griego actual representa a todas luces una fase tardía del lenguaje de los poemas homéricos".

Mayor espacio se dedica a aquellas materias directamente relacionadas con el quehacer profesional del autor. En "Diplomacia en Grecia" se da cuenta de códigos de conducta diplomática aplicados en la Grecia antigua y que con el tiempo llegarían a ser adoptados en el derecho internacional moderno, como el principio de igualdad de derecho entre los estados o la inmunidad de los embajadores. El primero se daba ya entre las polis antiguas, mientras que la segunda venía a subsanar la situación de los embajadores de las monarquías despóticas, entre las cuales tal función solía ser encomendada a esclavos que pagaban con su vida en caso de fracasar en su misión. Dado el evidente atraso y belicosidad de no pocos de los vecinos del Imperio Bizantino, es notable que durante prácticamente mil años pudiera este mantener a raya a sus vecinos, lográndolo solo gracias a una ágil e inteligente diplomacia que recurría a alianzas, matrimonios y recursos destinados a satisfacer la vanidad humana, como conferir honores y títulos, con lo cual demostraba su fuerza material y superioridad moral. Durante el período bizantino, el ceremonial de los innumerables actos oficiales alcanzó una gran sofisticación, pretendiendo replicar el orden del universo. Tras la toma de Constantinopla y la aniquilación de toda su población, la minuciosa y compleja etiqueta de la sede imperial fue adoptada principalmente por Moscú, su heredera como Tercera Roma, y por la corte otomana, que la convirtió en un pomposo ritual destinado a halagar al sultán de turno, pero que notablemente, careciendo de personal idóneo para cumplir funciones diplomáticas, debió recurrir para ello a sus súbditos griegos.

Tras sortear múltiples dificultades establecidas por las potencias de la época, superiores *de facto* y *de iure*, se esboza la relevancia de Grecia como factor de estabilidad en una zona de gran relevancia estratégica y a la vez altamente volátil: el ámbito balcánico, la entrada al Mar Negro y su cercanía con el Canal de Suez y el Medio Oriente. En directa relación con lo anterior, "Política exterior de Grecia" recorre tres postulados básicos de la política internacional griega: la voluntad de afirmar la independencia griega (frente a los intentos de algunas potencias de usar su territorio como base para acciones lesivas para sus vecinos), el empeño por la paz y respeto de las normas internacionales y el deseo de salvaguardar su integridad territorial y la seguridad del país. En este sentido, Grecia no ha cejado en su defensa de la población greco-chipriota, sometida a los más crueles abusos por un ejército

reseñas

invasor que ha diezmado y expulsado de sus hogares a la población civil, destruido iglesias, monumentos antiguos e innumerables obras de arte que evidenciaban la milenaria presencia griega en la isla, mismo invasor que ha importado a pobladores forzados desde Turquía central, la zona más atrasada y conservadora del país agresor.

"*Estín un Elás ke i Makedonía*" será quizás el texto más apreciado en nuestro medio gracias a la claridad y abundante información que proporciona respecto a la cuestión macedónica, un tema del cual la prensa de nuestro país solo informa con breves notas no siempre lo suficientemente explicativas. Para dimensionar la importancia de Macedonia para Grecia y los griegos basta considerar algunos datos: es la región más extensa y poblada de Grecia; su capital, Tesalónica, es la segunda ciudad en importancia del país, con un puerto estratégicamente ubicado y de gran dinamismo económico; en esta región se halla el Monte Olimpo, morada de los dioses de la antigua Grecia, como asimismo el Monte Athos, centro espiritual de la Ortodoxia griega. El título del artículo remite a la frase del geógrafo Estrabón, "es, pues, también Macedonia Grecia", lo cual es ampliamente corroborado por fuentes antiguas como Heródoto, Tucídides, Arriano, Polibio, Tito Livio, las epístolas de San Pablo y otros autores. A lo anterior se suma que el dialecto macedónico es indudablemente helénico, los nombres de sus ciudades (Argos, Idomeneia, Atalante, etc.) son griegos, al igual que su calendario y días festivos, todos ellos con apelaciones griegas, y por último una presencia helénica de más de 2.500 años atestiguada de acuerdo a monumentos y datos arqueológicos. El propio Alejandro Magno hizo gala en reiteradas ocasiones de su patriotismo griego frente a persas y cartagineses, y tras su muerte fueron sus sucesores macedonios los encargados de difundir el helenismo en Egipto (Ptolomeos), el Oriente Próximo (Seléucidas) y Asia Menor (Pérgamo). En la época bizantina Tesalónica será la segunda ciudad más importante del Imperio Bizantino y de ella saldrán los monjes Cirilo y Metodio a evangelizar a los pueblos eslavos, creando de paso el alfabeto llamado hasta hoy cirílico.

A pesar de los conflictos e invasiones, el elemento griego siguió predominando en la región, si bien se produjeron asentamientos eslavos en la parte norte, lo cual fue recogido en la partición del territorio tras la liberación del yugo otomano. Tras nuevos conflictos en la zona, la llegada de 600.000 griegos que huían de las atrocidades turcas dejó a Macedonia con una población prácticamente griega en su totalidad. Por otra parte, el término "Macedonia" designó desde siempre una realidad geográfica, cuyos límites corresponden básicamente a los de la región griega en la actualidad, sin embargo, hasta hace poco nadie había invocado jamás la existencia de una

"nación macedónica", sino que se hacía referencia a los habitantes de Macedonia según fueran griegos, búlgaros o serbios. Ahora bien, siguiendo un plan de Stalin, Tito intentó crear un estado títere macedónico que le diera acceso al Bósforo y los Dardanelos y que absorbiera la Macedonia griega y búlgara, para lo cual añadió a Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Serbia una nueva república a la que llamó "Macedonia", nombre usado por primera vez en la historia para esa zona, tradicionalmente llamada "Serbia meridional". Para crear una identidad nacional inexistente, Tito recurrió a expedientes como establecer una Iglesia Macedónica autocéfala, promover el uso del dialecto local, borrar los innegables vínculos históricos de los habitantes con búlgaros y serbios y por último negar el carácter helénico de la región griega: todos debían ser únicamente "macedonios". Mientras Yugoslavia fue comunista, los angloamericanos usaron su poder para oponerse a la creación de esta "nación macedónica", sin embargo tras la disolución de la ex Yugoslavia y los bombardeos a Serbia, la política angloamericana dio un giro en 180 grados, pasando a apoyar diplomática y militarmente a este nuevo estado, obviamente obsecuente a los intereses de sus patrocinadores. Los afanes expansionistas de este estado son obvios en su Constitución (que llama a crear la Gran Macedonia anexándose territorios vecinos), en la elaboración de sus mapas oficiales, libros escolares, etc. La Comunidad Europea ha tomado nota de esta propaganda hostil negándose a aceptar al nuevo estado con el nombre de "República de Macedonia" por el evidente riesgo de llevar agua al molino del un agresivo nacionalismo que además cuenta con el aval del poderío angloamericano.

Por último, en "Grecia y su política exterior" Kórakas destaca cómo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Grecia ha sido sin duda la democracia más sólida y europeísta de la región balcánica. Ello se ha debido a diversos factores: su continuidad lingüística, cultural y religiosa, su elevado grado de cohesión social y nacional, su incorporación a toda las organizaciones europeas y trasatlánticas, la homogeneidad de su población (producto de los desplazamientos forzados y los intercambios de población pactados con sus vecinos, lo que la diferencia de sus vecinos, de los cuales la ex-Yugoslavia es el caso más evidente), la ausencia de marcadas injusticias sociales y el hecho de que la abrumadora mayoría de los ciudadanos pertenecen a la clase media. País europeo, balcánico y mediterráneo, todos estos factores han dotado al país de una estabilidad que, a su vez, ha contribuido a la de una región que durante siglos fue el lugar de enfrentamiento de diversos intereses geopolíticos.

reseñas

Se trata, pues, de un breve recorrido por temas que convergen en aquella singularidad máxima de la cultura griega: haber sido *fons et origo* para la civilización antigua y helenística, constituirse en un ámbito de estabilidad que fue refugio de las artes y las letras durante el turbulento período medieval, haber fecundado por segunda vez la península itálica insuflando en el incipiente humanismo el saber de la Grecia antigua y en las discusiones religiosas los aires purificadores de la Patrística, y, por último, sobrevivir a una de las más sanguinarias tiranías que conoce la historia para, a diferencia de otros ex imperios, recuperar un sitio de honor en la comunidad internacional conservando los mismos valores que hace dos mil quinientos años la hicieron acreedora de la admiración del resto de los pueblos.

Roberto Quiroz Pizarro